
3 1761 06681299 1

LA OFRENDA DE ESPAÑA

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

LA OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO

LIMINAR DE R. BLANCO-FOMBONA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
—
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

Imprenta de J. Pueyo, Mesonero, 34.—Madrid.

Á

LA AMÉRICA ESPAÑOLA,

J. G. O.

Madrid, Febrero de 1916.

Bendicion al que entiende, bendición al que admira.

Soy un hijo de América, soy un nieto de España.

RUBÉN DARÍO

PALABRAS LIMINARES

(A LA OBRA «LA OFRENDA DE ESPAÑA»
EN LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO)

A J. GONZÁLEZ OLMEDILLA.

Mirad cómo un hombre de raza apolínea,
ebrio de canto y sol,
recoge la ofrenda, fragante y virgínea,
del viejo solar español;

Del viejo solar donde el árbol de vida
reverdece á futuros de amor,
y oculta en la copa garrida
la pluma de la oropéndola y el nido del ruiseñor.

Cuando el apolonida recoge el haz superno,
el haz florido de emoción
como si en cada brizna palpitase un fraterno
y dolorido corazón;

El árbol solariego todo es aleo, cántico,
miserere, querellas,
porque murió el divino poeta trasatlántico,
Rubén Darío, espigador de estrellas

R. Blanco-Fombona.

Madrid, 1916.

NOTA PRELIMINAR

Aunque parezco padre, no soy sino padrastro de este libro. Lleva mi firma por ganar un poquitín de gloria, si os pareciese buena la idea que esta obra encarna, ó para que me culpéis á mí y no á otro, de haberla llevado á la práctica, si la creyéseis una tontería más.

España—desmintiendo nuevamente absurdas leyendas en que se la moteja de prosaica y sanchopancista—ha demostrado con ocasión de la muerte de Rubén Darío, y por la pluma de sus más prestigiosos portavoces, que sabe preocuparse hondamente, cordialmente por los temas eternos.

Á excepción de los profesionales de las letras, raras son las personas que leen más de uno ó dos diarios asiduamente, y una re-

vista periódica, de vez en vez. Y como buena parte de los trabajos aquí reunidos vieron la luz pública diseminados en la Prensa que, generalmente, se pierde una vez leída, me ha parecido que á no pocos admiradores del poeta hispano-americano les agradará ver en un solo volumen y con carácter definitivo, cuanto en hojas efímeras y en cuartillas inéditas se ha dicho en España últimamente del hombre y de su obra.

Maese Reparos, de seguro encontrará impropio el título de este libro, ya que, según él, varios de los escritores que colaboran aquí son de nacionalidad americana. De antemano, le respondo que para mí—que soy quien hace el libro—no existe esa mezquina diferencia y que, á veces, más español creo á un americano que ama y comprende á España, que late entre nosotros sintiendo y pensando en español, que no á un castellano viejo, hijo, nieto y biznieto de castellanos viejos, pero *snob* insoportable, lleno de desprecio para todas *las cosas de España*. Tampoco faltará quien me censure haber dado lugar en esta obra á algunas que otras líneas de balbuciente forma literaria. Bien. Cuando hay

todo un Océano de por medio, cuando se juzga la labor ajena encastillado en el inaccesible gabinete de estudio, parece lo más natural y, sobre todo, lo más fácil, depurar y extremar la selección. Pero cuando convive uno en el café, en la biblioteca, en la tertulia, con todos; cuando nuestra palabra sincera es interpretada por el aparentemente damnificado como una evasiva de nuestro envidioso carácter ó una pedantería de nuestra insuficiencia, el dilema más espantoso abre sus fauces amenazadoras é inexorables, invitándonos á optar entre un rencor eterno ó una consciente claudicación artística. Y como *todavía* no somos malos, preferimos lanzarnos por esta segunda senda, seguros así, al menos, de que acaso evitamos á más de un semblante la palidez de la postergación, el dolor de ser rechazado de allí precisamente adonde se ha acudido con sincero fervor á dejar la ofrenda de los líricos dolores, de las admiraciones profundas...

Quizá se note, en cambio, la ausencia de algunos artículos y no pocas poesías sobre Rubén Darío, publicados en este tiempo. Ciertas omisiones no han dependido de mí,

sino de los destinatarios á quienes me he dirigido; otras son completamente voluntarias. Se escriben cosas inadmisibles, ya por la forma, ya por el fondo, verbigracia: el artículo de Luis Bonafoux, "El poeta de la Paz", que insertó *Heraldo de Madrid.* Destilaba hiel. En su perfecto derecho estaba la pluma realista al comparar á Rubén con una foca—como ella, el poeta, era ingenuo y primitivo—y hasta con un tiburón y un oso, símbolos de fuerza al fin. No desdeñamos la convivencia con las fieras y aun admiramos á los pingüinos. Pero nos molesta el sapo...

América, la hija pródiga emancipada, nos dió á Rubén Darío, el más amoroso nieto de España. Y al morir el hijo de América, la Abuela no ha sabido sino tejer esta corona lírica para la frente que aprisionó el ensueño.

J. G. O.

PRIMERA PARTE

EXALTACIÓN

Laudes, elegías, paráfrasis.—El poeta en la intimidad.

Á BUBÉN DARÍO

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía á buscar?

Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral,
¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno
y con las nuevas rosas triunfante volverás?

¿Te han herido buscando, en soñada Florida,
la fuente de la eterna juventud, capitán?

Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
Corazones de todas las Españas, llorad.

Rubén Darío ha muerto en Castilla del Oro,
esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
nadie esta lira taña si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.

Antonio Machado

RESPONSO PAGANO

La prosa de la existencia inquieta ha devorado á un hombre que, por haber nacido bajo el pleno y amoroso patrocinio de Apolo, parecía destinado á alcanzar las cumbres de aquella noble, suave, risueña serenidad con que el poeta viejo contempla lo que deja tras de sí y saborea en vida los primeros juicios de la posteridad. Rubén Darío ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo en sus caprichos malabarescos; y la vida—que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada—se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de

luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pegaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.

Las espinas han podido más que las rosas en las sienes de Rubén Darío, y los Caballeros de la Quimera se han quedado sin un egregio paladín. Es fama entre estos soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden más allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo las múltiples figuras y representaciones de cuanto amo, creó, cantó, inspiró é infundió también en los demás, durante su paso por la tierra.

Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén, en "el centro de las almas" dejará maravillados á to-

dos los inmortales, por muy hechos que estén á ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.

¡Lo que gozará con tal espectáculo Víctor Hugo, el amador y forjador de las grandes antítesis! Porque ¿cómo dudarlo? este semidiós del Parnaso moderno será de los primeros en salir á dar la bienvenida á quien fué rendido devoto de su numen. Víctor Hugo le ofrecerá en copa de oro el néctar de los dioses; no sin que en éste sumo agasajo provoque un irónico mohín en la cara socrática de Pablo Verlaine y en el semblante alucinado de Edgardo Poe.

—¡Si fuera ajenjo!—murmurará el autor de las *Fiestas galantes*.

—¡Si fuera whisky!—susurrará el poeta de *El Cuervo*.

Andrés Bello ofrecerá á Rubén Darío el laurel clásico que regaron las aguas de Hipocrene. Don Alonso de Ercilla, la refulgente espada con que saludó, más que combatió, á los valerosos indios de

Arauco. Sendas guirnaldas de flores tropicales le brindarán los dos Heredias: el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés á los conquistadores. ¿Cómo enumerar á todos los ascendientes y hermanos del poeta? Al frente del tropel hispánico irá D. Luis de Góngora.

—Venid acá—dirá el cordobés al americano—; venid y dadme los brazos, hijo mío.

Y empezará el desfile del cortejo. ¡Singular, peregrino, tumultuoso y asombroso cortejo, capitaneado por el Genio y la Incoherencia!

Junto á las flautas de oro de los efebos délficos, los clarines estridentes de Pizarro y las dolientes chirimías de Atahualpa; junto á los violines que acompañaron las gavotas de Versalles y Aranjuez, el palmoteo brutal de las "juergas" madrileñas y sevillanas; en pos de las Nueve Musas, una caterva de mozas vocingleras, entre las cuales se verá á la

Gananciosa y la Cariharta del patio de Monipodio revueltas con la "Grille d'Egout" y la "Casque d'Or" haciendo cabriolas cancanescas. ¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!

El poeta vendrá asentado en el mismo carro de oro, tirado por tigres á quien el Genio domó, en que el divino Baco hizo su viaje trinfal á la India. Detrás del carro, las tres Gracias lanzando rosas y jazmines, sobre el poeta. Y en pos de las tres Gracias, los Siete Pecados Capitales con el acoso de sus voces roncas.

Princesitas tristes, princesitas rubias, princesitas lejanas, deshojando las flores de la Ilusión y el Desengaño: caballeros velazqueños atusándose el bigote; penitentes y encapuchados entonando el *mea culpa* del arrepentimiento; Cyrano de Bergerac dando brazo á Agustín de Rojas; tilingos de Buenos Aires leyendo á Rubén en *La Nación* y trasnochadores de Montmartre brindándole la

"última" botella de Champaña; ruiseñores del Generalife, y tras de ellos, las urracas de la crítica cicatera; cisnes arrogantes, los cisnes que adoró el poeta, y en pos de su cohorte majestuosa, otra de gansos, los gansos que remedan ridículamente á los cisnes del excelso cantor.

Así como en los triunfos de los Césares y caudillos romanos no faltaba el voceador de improperios, á fin de que los vítores y loores no desvaneciesen al triunfador, tampoco faltará en el glorioso cuanto abigarrado séquito de Rubén Darío la ralea servil de sus imitadores, de éstos que no han sabido imitarle más que en sus licencias caprichosas, en sus escapatorias á la turbia región de la extravagancia, sin acertar á iluminar la imitación simiesca con un solo rayo de aquel numen que hoy, depurado por el Dolor y por la Muerte, entra en la definitiva y soberana esfera de la Gloria.

Tus hados, ¡oh Rubén!, han querido que dejases esta azarosa vida terrenal

en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y la de Shakspeare. Tus hados, ¡oh inolvidable amigo de toda mi amistad, oh poeta digno de haber logrado mayor y más serena fortuna en esta vida!, han dispuesto que entrases en la región de los tuyos como entraron los padres de Hamlet y Falstaff, de Don Quijote y Sancho: con el tumultuoso cortejo, ya sublime, ya prosaico, que acompaña á todas las grandezas y todas las flaquezas de esta Humanidad que ha tenido en ti admirable y envidiada, divertida y dolorida representación.

Siendo muy hombre, te acercaste á los dioses. Ellos darán á tu sombra y á tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.

Mariano de Cávia

IN MEMORIAM

¡Oh, fídice magnífico, dueño de la armonía;
peregrino encantado de una selva ilusoria
que hiciste de esta vida, pequeña y transitoria,
la lírica entelequia del griego que en ti había!

Ungió tu corazón de luz el rey del día,
y el alma pura tuya, selene y anactoria,
¡soñó bajo los lirios, voló sobre la gloria,
nostálgica de mundos, ebria de melodía!

¡Oh, príncipe, elegido de las musas sagradas!
Ante tu fosa, el tiempo renovará los lauros.
¡Te llevarán los cisnes hacia la mar futura!

Para ti se han abierto las elíseas moradas,
¡para ti, que poblaste de ninfas y centauros
los bosques mitológicos que amaba tu alma pura!

RAFAEL LASSO DE VEGA.

EL OTRO ENTIERRO

Pocas veces ya, surge un ser en el que se ve claramente la predestinación. En los talentos, en la obra de todos, se ve lo que hay de estudio, de preparación y de constancia; pero ya pocas veces se encuentra ese "algo" desconcertante, nativo, esa especie rara de instinto de ultravertebrado que nos detiene ante las obras de algunos hombres. Ante la obra de Rubén Darío hemos sentido siempre esa emoción extraña, esa sorpresa, ese oir un ritmo en el que, como en el de las caracolas del mar, hay un rumor de las cosas, de la profundidad, y un sentido remoto, misterioso y definitivo.

Hasta cuantas veces lo vi noté en él este modo de obrar, como delegado de fuerzas y de misterios que lo habían elegido; pero de las que él no tenía otra manifestación que la de la inspiración súbita, la inspiración fatal, la inspiración más fuerte que él, como dotada de un vigor y de una clarividencia irrevocables. Rubén Darío, al producirse usualmente en la vida, parecía representante extraño de sí mismo, y cuando en uno de sus últimos libros contó la historia de sus poesías, vimos claramente que no habían podido ser aquellos orígenes que él contaba los orígenes sobrios y maravillosos de sus versos, la rima y las sonoridades inevitables en que ellos se producían á sí mismos.

Por eso Rubén Darío, al morir, deja tras sí un eco imperecedero, porque es su poesía una poesía natural, de esas que se reproducen en la naturaleza después de creada, como la primavera, todas las primaveras, y que, como una libertad

más amplia y más espontánea, después de conseguida no puede olvidarse, y ha de contar con ella el mundo, y ha de ser un troquel necesario para toda la poesía venidera. El ejemplo, la magnificencia, el alarde, los grandes círculos con que se ha desenvuelto el verso en Rubén Darío tienen una vida creciente que le darán más vida, nueva vida cada día que pase. La mujer, por ejemplo, en la definición que de ella dieran las poesías de Rubén, fué la mujer nueva, más hecha que de lindezas tópicas, de inquietudes, de veleidades, de turbulencias, de temblores espirituales. Esa sensación de flexibilidad, de elegancia, de ternura; esas suavidades y esos matices que él dió á sus Princesas y á sus Margaritas han sido unas notas nuevas en la poesía española que han alargado y profundizado el valor de la mujer.

Precisamente ante Rubén Darío es quizás ante el único hombre ante el que la unión iberoamericana no ha sido un

mito, no ha sido una cosa impuesta á la fuerza, sino una cosa hecha carne, una verdadera concentración. El sentido español de ambos pueblos es cuando más se ha identificado en Rubén Darío, es cuando más se ha encontrado esa subterránea legitimidad del espíritu español que está latente en los países americanos.

Por eso en esta hora de su muerte parece que nos falta el muerto; que la capilla ardiente debía de estar, como la de los grandes hombres que mueren en España, en alguno de esos grandes salones oficiales, que el día de su exposición se visten con solemnes pompas fúnebres y por las que desfila todo el público que les debe una gratitud patriótica. Lo necesitamos; hemos sentido que nos resignábamos á esa lejanía y como á esa expatriación del muerto.

La muerte de Rubén darío representa un luto nacional; su entierro debía de haberse verificado en nuestra capital,

haciendo un largo recorrido el coche fúnebre, seguido por esos carruajes llenos de coronas que siguen á los entierros de los hombres ilustres; hubiéramos querido ver un entierro tan representativo como aquellos cuyo paso contemplamos entre multitudes apasionadas y doloridas, como aquel de Zorrilla, por ejemplo.

Y ya que no es posible que el muerto pase de verdad y obtenga todos sus honores en su otra patria, simularíamos un entierro fastuoso y digno, en el que una caja vacía fuese el simulacro de aquella otra en la que el poeta habrá sido enterrado.

Algo como esa evocación que suponen los catafalcos vacíos el día del funeral, para rendirle un homenaje póstumo, y que en uno de nuestros camposantos las mujeres de España pudieran arrojar flores sobre la tumba de uno de los grandes hombres más legítimos de su raza y de su lengua.

COLOMBINE.

CREAVIT

¡Pobre Rubén, que profanada has visto
en bajos paladares tu poesía!
(Es el verso la sacra eucaristía
en que se da el poeta como Cristo.)

Cantar, siempre cantar, y en la mirada
ostentar el orgullo del que crea.
(Todo es transformación menos la idea
á nuestra imagen hecha de la nada.)

Rubén Darío, en ese templo inmenso
donde cantan los astros su armonía
para tu alma de niño, oro, mirra é incienso.

Sólo Dios es creador en su grandeza...
Te sueño entre los dioses de la eterna poesía,
porque creaste mundos de belleza.

ANTONIO ARISTOY.

¡HAY QUE SER JUSTO Y BUENO, RUBÉN!

¡Pauvre Leian!, se dijo de Verlaine, y Rubén lo recordaba. ¡Pobre Rubén!, digo yo ahora. Porque este otro niño grande era también, como aquél, bueno, entrañadamente bueno. Débil, entrañadamente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir á morir junto á su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo.

Conocí y traté á Rubén; no lo bastante. Conservo de él una docena de cartas, en algunas de las cuales se ve al hom-

bre. Fué quien me llevó á *La Nación*, de Buenos Aires, en que colaboro hace años.

Quiero ahora aquí, como ofrenda al hombre, comentar una de esas cartas.

Con esta lengua que el Demonio nos ha dado á los hombres de letras, dije una vez delante de un compañero de pluma, que á Rubén se le veían las plumas—las de indio—debajo del sombrero; y el que me lo oyó, ni corto ni perezoso, esparció la especie, que llegó á oídos de Darío. Y éste, poco después, el 5 de Septiembre de 1907, me escribía desde París: "Mi querido amigo: Ante todo para una alusión. Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero..." No copio lo que sigue, pues no quiero aparecer haciéndome el propio artículo ante la muerte, aún fresca y palpitante de

pena, del óptimo poeta y hombre mejor.

Seguía luego la carta así: "Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura." Tampoco debo copiar lo que sigue, y que á mí se refiere, hasta que dice: "Y en cuanto á lo que á mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación." ¿Alguna estimación? ¿Nada más que alguna estimación? ¡Noble Rubén! ¡Con qué dignidad, con qué nobleza se quejaba de una conducta que, en verdad, no debí haber para con él seguido!

La carta acababa así: "La independencia y la seriedad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender á los que no tienen tales ventajas. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan á la justicia y á la bondad. Sea, pues, justo y bueno. *Ex todo corde*, RUBÉN DARÍO."

Han pasado más de ocho años de esto; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche del pobre Rubén me han sonado dentro del alma, y ahora parece que las oigo salir de su enterramiento, aún mollar. ¿Fuí con él justo y bueno? No me atrevo á decir que sí.

Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura de parte de aquéllos con quienes se creía, por encima de diferencias mentales, hermanado en una obra común. Era justo y noble su deseo. Y yo, arando sólo mi campo, desdeñoso en el que creía mi espléndido aislamiento, meditando nuevos desdenes, seguí callándome ante su obra. ¿Fué esto justo y bueno? No me atrevo á decir que sí.

Él, por su parte, no se calló ante la mía. Ante mi obra poética, quiero decir. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fué lo que dijo Rubén en un artículo de *La Nación*,

bonaerense. No lo olvidaré nunca. Y las cartas que después me escribió fueron nobles, sinceras y dignas. Y es que aquel óptimo poeta era un hombre mejor.

Le acongojaban las eternas é íntimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas. No esas guitarradas que se suele citar cuando de su poesía se habla, eso de "la princesa está triste; ¿qué tendrá la princesa?" ó lo del "ala aleve del leve abanico", que no pasan de leves cosquilleos á una frívola sensualidad acústica; versos de salón sin intensidad ninguna. Porque el pobre Darío tuvo la triste suerte de todos los que de verdad remueven y ahondan y renuevan, y es que de lo suyo adquiera más pronta y extensa boga lo menos suyo y lo más flojo. Si me hubiera dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste

me llevó al poeta! Al indio—lo digo sin asomo de ironía, más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio. Pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso.

"Sea, pues, justo y bueno." Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente, ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha.

¡No, no fuí justo ni bueno con Rubén; no lo fuí! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno.

Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban

por caminos, los al parecer más opuestos á los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fué antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando á los otros? No; ni esta astucia de fino egoismo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Aquel hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañadamente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, á las veces, se disfraza de soberbia. Se conocía, y ante Dios—¡y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad!—hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era.

No descansó nunca aquel su pobre

corazón sediento de amor. No de amar, sino de que se le amase·

"Alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura." Aún me resuena esta queja y reproche y demanda. ¡Que no era pedirme una limosna, no, no!, sino era pedirme una justicia. "Sea, pues, justo y bueno.

Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra; nos obligó á mirar á un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fué un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde á nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis

propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterraño. Y, para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera á los demás.

¡Pobre Rubén! ¿Te llegarán tarde estas líneas de tu amigo que no quiere ser injusto ni malo? Nunca llegan tarde las palabras buenas. Dicen que la hora de la muerte es la de las alabanzas. Pero si éstas son sinceras y son justas, hasta vale la pena de morirse, porque ante Dios y los hombres resuenen las alabanzas sinceras y justas. ¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto? ¡Qué sé yo!... ¡qué sé yo!... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu. Pero tú, pobre Rubén, me estás diciendo desde tu reciente tumba: "Sea justo con los otros, con todos; sea bueno con los otros, con todos". Pero...

De tal modo se tapa uno los oídos para no oir á los demás y que no le distraigan de sí mismo y le dejen así oir mejor la

voz de sus entrañas, que acaba por no oirse ni á sí mismo. Y no comprende uno que esa voz que cree de sus entrañas es la voz de los otros, de aquellos á quienes no quiere oir, que por sus entrañas le llega.

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: éste tu huraño y hermético amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras, no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que—más vale no pensar en por qué—no dije cuando podías oirlo. ¿Lo oirás ahora? Quisiera creer que sí.

Hay que ser justo y bueno, Rubén.

MIGUEL DE UNAMUNO.

ELEGIA Á LA MUERTE DEL MAESTRO

Una siringa, y un tirso y un estro
cubren la tumba del alto maestro
padre Rubén, padre Rubén...
Y una elegía, que cruza los mares,
lleva la angustia que tantos lugares
lloran por él, lloran por él...

Dió en Nicaragua á la tierra tributo...
Numen y Apolo se visten de luto
por el cantor, por el cantor...
Marte detiene un instante el concierto,
y se descubre al pasar este muerto,
verbo de amor, verbo de amor...

Tierra le dan en su tierra nativa...
Pero su voz luminosa está viva
por siempre amén, por siempre amén...
Y en su inmortal armonía poética
se oye una voz, que murmura profética:
"Vive Rubén, vive Rubén"...

¡Padre Rubén, que me diste la vida!...
¡Padre Rubén, en tu voz elegida
vi la verdad, vi la verdad!...
Tú me enseñaste, en la red de tu verso,
á recoger todo el gran universo
en su unidad, en su unidad!...

Padre Rubén, que, sonoro y profundo,
todas las voces sonaste del mundo,
como organista de gran catedral...
Padre Rubén, en tu gran armonía
tuvo un tesoro de polifonía
la polifónica voz musical...

Padre Rubén, que cruzaste el Atlante,
y, cabalgando en un monstruo pujante,
diste en París con el triste Verlaine...
¡Padre Rubén, que en París, con el triste,
del ponzoñoso veneno bebiste!...
¡Padre Rubén, padre Rubén!...

Padre Rubén, que, como Edgar, tenías
llena la copa de melancolías
por olvidar, por olvidar...
No te sació de los Andes la altura,
ni la pelada manchega llanura,
ni el ancho mar, ni el ancho mar...

Porque en tu espíritu estaban más grandes
todos los mares y todos los Andes,
llenos de luz, llenos de luz....
Y fuiste, en yate ó vagón, pasajero,
embajador del amor y viajero
de la inquietud, de la inquietud...

Era tu musa concreta y ambigua...
Era elegante, moderna y antigua
y era genial, y era genial...
Fuiste con Píndaro, en Grecia, pagano...
Fusite con Dante, en Italia, cristiano,
y cortesano, en París, con Ronsard...

Tú, que á Verlaine, con tu ritmo vibrante,
como en el rito de un gran hierofante,
diste oración, diste oración;
deja que diga en tu muerte la mía,
ya que te doy con tan pobre armonía
mi corazón, mi corazón...

Yo, que te amé con amor sacrosanto,
quiero llorar y ofrecerte mi llanto
con mi laurel, con mi laurel...
¡Mirtos y rosas están en espera
de coronar esa gran calavera
donde los vermes hoy liban tu miell...

Traga la tierra al dragón y al cordero...
Traga al monarca como al pordiosero,
sin descansar, sin descansar...
Y este maldito apetito que crece,
padre Rubén, tu palabra enmudece
sin perdonar, sin perdonar...

Suene la flauta, y el sistro y el estro,
para cantar por el alto maestro,
que la siringa sonó y el rabel...
¡Mieles nos dió su armonía y su prosa,
y cada rosa que brote en su fosa
para la abeja será nueva miel!...

Padre Rubén, á quien yo reverencio:
Dios te acompañe en tu eterno silencio;
á descansar, á descansar...
¡Pero tu espíritu no halla reposo,
y eternamente se mueve armonioso,
como la mar, como la mar!

Luis Fernández Ardavín.

EL ÍNTIMO

Tenía yo diez y ocho ó diez y nueve años cuando conocí á Rubén Darío. En aquella época empezó también mi amistad con otros dos grandes artistas, mimados hoy por la fortuna y desdeñados entonces: Jacinto Benavente y Ramón del Valle Inclán.

Antes de ser presentado al insigne poeta conocía ya algunas de sus principales composiciones: las primordiales de sus maravillosas *Prosas profanas*. En las fantásticas revistas de Paco Villaespesa se dieron al público, á un público que podría contarse con los dedos de una sola mano.

Rubén Darío tuvo por mí desde el primer momento un cariño fraternal. La diferencia de edad entre nosotros parecía quedar compensada, para hacer firme la amistad, por una mutua comprensión... pero siendo yo, naturalmente, el admirador y él el admirado.

Era yo entonces casi un niño; pero Rubén fué un niño toda su vida, y como niño, dotado de un maravilloso instinto para advertir quién era su amigo leal, quién buscaba su compañía sin ánimo de medro, quién sabía admirarle sinceramente en todo cuanto valía, y hasta censurarle en ocasiones por alguna de sus obras ó por alguno de sus actos.

La vida cosmopolita, agitada, turbulenta, de continua peregrinación, no sirvió para crearle una experiencia práctica. Fué Rubén explotado de muchos, víctima de bastantes y hasta juguete de algunos, que quisieron divertirse con él como Sansón Carrasco con Don Quijote.

Pero siempre estuvo por encima de

todas estas miserias. Al sentirse burlado ó explotado supo oponer siempre con orgullo santo el gesto despectivo de quien tiene confianza en sí mismo y está seguro de su propio valer.

—Ladran; señal de que cabalgamos.

Esta era su contestación cada vez que se enteraba de una befa ó de una injuria.

Recuerdo á muchos de aquellos perros ladradores. Unos han muerto en el más completo olvido. La mayor parte se han obscurecido. Algunos intentaban todavía, aunque débilmente, lanzar su estridente é inútil ladrido á la Luna.

Durante los cuarenta y nueve años que duró su vida, recorrió Darío casi toda América y parte de Europa. Audaz, cosmopolita, como se llamó á sí mismo, peregrinaba incansable y siempre contra su voluntad.

—Yo estoy enfermo, muy enfermo —decía constantemente—, y es la bohemia, la "inquerida" bohemia. ¡Ah! Cuando pueda establecerme definitivamente

en España... pasar largas temporadas en mi Madrid, la ciudad de confianza, con mis amigos madrileños, que son los mejores del mundo.

Porque Rubén era español de corazón. Amaba á España con toda su alma; su entusiasmo de poeta, sus amores de hombre, sus ilusiones de vida plácida, todo lo quería para esta tierra y para los hombres de esta tierra, que fueron los que más sinceramente le han admirado y comprendido.

—Pero, ¿y París, Darío?—se le objetaba cuando con mayor hipérbole cantaba las excelencias españolas—. ¿Y París? Á la "ville lumière" debéis vuestras mejores poesías.

—No lo niego, no. París me gusta, me encanta. En París he gozado la vida intensamente. Pero París es la querida; la mujer propia está en España.

Y el amor de Darío á la patria española era tan intenso y tan noble, que protestaba airado contra los propios espa-

ñoles que—¡oh, eterno vicio nacional!—lo encuentran todo malo en su propia casa, sin haber salido nunca de ella, y que creen es cosa de la más refinada elegancia sacar á la vergüenza los propios defectos.

Muchos fueron los amigos que en Madrid tuvo Rubén Darío. Entre ellos, y de los más íntimos, el maestro Cávia, Benavente (que hace quince años impuso á la Empresa de *Madrid Cómico* la publicación de "Sinfonía en gris menor" y otras poesías), Alejandro Sawa, Manuel y Antonio Machado, Juan R. Jiménez, Pedro González Blanco, Ricardo Calvo... Todos ellos le han querido como á un hermano y hasta en ocasiones le han mimado como á un niño. Amaron y admiraron su arte —ese arte maravilloso que introdujo modificaciones en la métrica castellana y que unas veces fué castizo, otras revolucionario y siempre inquieto, y diferente, y propio, como su vida—y quisieron al hombre, al hombre bueno, honrado,

leal, como lo es todo grande artista... aunque él mismo muchas veces pretenda—inútilmente—convencernos de lo contrario.

Los amigos de Rubén Darío sabíamos desde hace algún tiempo que su salud era muy delicada. De vez en cuando teníamos alguna noticia de él, siempre pesimista.

—He sabido de Rubén—me dijo hace cuatro meses Manuel Machado—. Está en Nueva York, muy malo. Creo que no volveremos á verle.

—¿Sabe usted, Fabra, lo de Darío? —me preguntó hará unos veinte días Valle Inclán—. Lo han llevado á Managua; se halla muy enfermo. Se desconfía en salvarle.

Yo callaba. Poco á poco nos ibamos acostumbrando á la idea. Ella—como siempre llamó Rubén á la Muerte—se le acercaba. No íbamos á volverle á ver más. No leeríamos tampoco ninguna nueva poesía suya.

Y cuando yo repetía á otros amigos las tristes noticias comunicadas por Valle Inclán y Machado, ellos callaban también, con la elocuencia del silencio ante lo irremediable.

Nilo Fabra.

HOMENAJE

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío,
unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
engarzando en el oro de un común ideal,
los versos juveniles, que, á veces, brotar vimos
como brotan dos rosas á un tiempo, en un rosal!

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío,
en el Piélago arcano desembocó; ya posas
las plantas errabundas en el islote frío
que pintó Böcklin... ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Mis ondas, rezagadas van de las tuyas; pero
pronto, en ese insondable y eterno mar, del Todo,
se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, cual en Lutecia las tardes misteriosas
en que pensamos juntos, á la margen del río
lírico, habrás de guiarme... ¡Yo iré donde tú osas,
para robar entrambos al musical vacío
y al coro de los orbes, sus claves portentosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Amado Nervo

UN RECUERDO

Conocí al gran poeta en ocasión de su último viaje á Madrid, aquel viaje en que él, embajador de la poesía, vino también como embajador de su país.

Y no eran ya los tiempos de la admiración ciega, cuando hablábamos de él con la misma reverencia que de D'Annunzio... Las garras del periodismo pesaban sobre mis hombros, y un aire demasiado frío había disipado la primera embriaguez lírica. Y yo era ya una sombra evadida de los cenáculos literarios.

Un poeta colombiano, Alfredo Gómez Jaime, que me retrató por aquel tiempo en su prosa pulquérrima, "vestido de

negro, pálido y sonriente", y á quien debo esta imagen inapreciable de mi yo pretérito, se empeñó en presentarme á Rubén Darío, á quien él, como americano y como poeta, se sentía ligado por un doble vínculo de espiritual servidumbre. En vísperas de aquel viaje á Madrid, Rubén había sufrido un ataque cerebral, que repercutió dolorosamente en los dos hemisferios del cerebro del mundo; á propósito de ello había yo escrito unas condolidas líneas, y sentía ahora un místico interés en ir á verle, no como á un maestro, sino sencillamente como á un hombre que ha visto al ángel de la muerte.

Alojábase el poeta en el Hotel de París. Y allí, en el crepúsculo, en una parca estancia de hotel, en la que brillaban ya las luces artificiales, y había armarios de luna con las alas abiertas y un desorden de ropas que recordaba los camerinos de los artistas á la hora de la desbandada, me fué presentado por Gómez Jaime, el

cantor de los cisnes. En la estancia, ocupada por amigos y familiares, el maestro, que terminaba su tocado para asistir á una recepción, iba y venía, silencioso, cansado, y era como una tiniebla de la noche parisina más acre y cargada de ajenjo profano y bíblico. Recostado sobre el mármol de la chimenea, nos habló con voz cansada de su obra, de sus proyectos. Estaba escribiendo por entonces un poema fuerte y simbólico, con velos de ultratumba, "á la manera de Omar Jayan". Hablaba y parecía que el poema aún nonnato, la belleza soñada y aun claustral, le abombaba la frente. Gómez Jaime le contemplaba con un orgullo americano, como á una grandeza de su país. Se adivinaba que sentía: "¡es nuestro, nuestro!"

Yo le miraba estático, y ante aquella alta y recia figura, encorvada por las melancolías del amor y del arte, ante aquel rostro moreno de indio bravo, contraído por un rictus de final desengaño, evoca-

ba la parábola de una exótica selva virgen, devastada por el envenenado hálito europeo. Y pensaba: "éste es el indio bravo que ha echado el lazo á todas las quimeras", y también: "éste es el hombre que ha visto á la muerte". Y me sentía temblar de humana simpatía.

Era la hora en que el poeta debía salir, y salimos con él. En la puerta nos despedimos. Durante el tiempo que habíamos permanecido en su compañía, apenas si había despegado mis labios. Buscamos en la presencia de los grandes hombres como el testimonio carnal de la obra de su espíritu, como la clave de su misterio íntimo, y bien pronto advertimos que la presencia es el mayor enigma. Y entonces nos reducimos á la contemplación silenciosa que se tiene para las estrellas. Desde aquella tarde ya sólo vi al poeta anónimamente, á través de las calles. Acompañábale casi siempre Manolo Machado, y llevaba siempre la misma cara de sueño y de cansancio. Y

aquel sueño, ¿era un deslumbramiento de soles interiores ó era ya la ceguera en los desiertos amarillos de la muerte?

Ahora, su efigie silenciosa esculpida en basalto, según el designio de sus amigos, expresará bien la bruma de melancolía que en los últimos tiempos tornó negras las blancas alas de sus cisnes y puso—necesario remate—un magnífico velo nocturno sobre la riqueza auroral de su obra y un silencio divino sobre todos sus cantos...

R. Cansinos-Assens

LA VUELTA DEL CÓNDOR

I

Poeta de los Andes, en tu anhelo,
como un enorme cóndor pensativo,
triste mirabas el zafir del cielo,
desde la cima del peñón nativo.

Cual si quisieras desgarrar el velo
—tu carne ardía como mármol vivo—,
armonioso y audaz, tendiste el vuelo
y, como el cóndor, te alejaste altivo.

Llenas de sol y ebrias de azul las alas,
á través del Atlántico sonoro,
llegas solemne ante el altar de Palas.

La diosa, con amor, besa tu frente,
y en tu gran corazón, urna de oro,
cesa ya de rugir un Continente...

II

Pan te presta la flauta en la espesura,
y es cada verso que tu amor burila,
un diamante que tiembla y que fulgura,
como gota de llanto en la pupila.

Tu Musa fuerte y, como fuerte, pura,
gana el heleno Parthenón tranquila,
en rojo cáliz el champaña apura,
copos de lumbre con los astros hila.

Con el Dios-hombre su dolor hermana,
con Dionysos su canto desenfrena,
con el laurel de Apolo se engalana,

con el viejo tritón lucha en la arena...
¡Así tu Musa, para orar cristiana,
y para el goce y para el canto helena!

III

Con el laurel y con el verde olivo,
glorioso, sí, pero sin un anhelo,
volviste hacia los Andes pensativo,
cóndor-cantor, acostumbrado al vuelo.

Y allí, á la gloria y al amor esquivo,
te contemplaste á solas con tu duelo,
sobre la cima del peñón nativo,
bajo la comba de zafir del cielo.

Para encerrar tus restos dignamente,
megalómano audaz, hiciste fosa
toda la magnitud de un Continente...

¡Vivir supiste y explorar lo arcano,
y morir con el alma silenciosa,
como un antiguo semidiós pagano!

Alfonso Camín

EL LÍRICO DE LA RAZA LATINA

¿Ha leído usted?... ¡Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia funesta, enrojecidos por el llanto los ojos brujos.

—¡Es horrible! ¿Con quién comentaré ahora mi *Lámpara maravillosa?* Rubén hubiera tomado su wisky, yo mi píldora de cáñamo índico, y nos hubiéramos internado en el misterio. Él era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro de las *Sonatas*, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quevedos, y la ambigüe-

dad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, é hiperestésico y sensual, amaba "la celeste carne de la mujer", y aunque se moría un poquito en todos los tramontos, volvía á nacer, renovado, en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico á una futura perfección de la inteligencia, que hiciese más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el inútil dolor de los recuerdos. Y había cantado á esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

»LO FATAL

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido, y un futuro terror...
Y e espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida, y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!«

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, lleváronle á buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores

fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la pócima verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cliqcot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía á las noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de *spleen* y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de wisky, de ajenjo y de champaña, abatíase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

—Felipe—decíame, mientras acariciaba las solapas de su *smocking*—revela á la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

¡Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel, y, poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las pala-

bras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unción y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Provisto de las gafas de Quirón, el centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fué Verlaine, antes y después de Rimbaud; fué griego con Jean Moreas; fué ciclópeo con el abuelo Hugo; fué carnavalesco y lunar con Banville; tuvo la sensualidad triste de Mallarmè y el luciferismo de Baudelaire; amó á las buenas mozas y el *bon vino* del arcipreste y de Berceo; fué místico con Santa Teresa, horaciano con Garcilaso; bucólico con el marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y

cósmico con Whiman, y así como su carne y sus huesos de errante viajaron por todos los países, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior, y su hermano, el ruiseñor, quedó contento de su melodía".

Porque en España, desde los buenos tiempos de D. Luis de Gongora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable, porque la sonoridad quintanesca y vacía de mediados del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carecía de novedad en las sensaciones, Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué á buscar en el pasado sus motivos poéticos, y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII — la Francia helénica del Trianón — apareció con su espíritu heleni-

zado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después... el buen hexámetro griego un tiempo, latino posteriormente con Virgilio divino, halló morada española en *La Salutación del Optimista,* y el matiz, la *nuance*, que nosotros no teníamos, los pirriquios, los trocaicos y los yámbicos, que libertaron al ritmo un tiempo apresado en las férreas hebillas de los acentos de la métrica al uso — revivieron el verso momificado, tornáronle ágil, sinuoso y ondulante como una cinta, y por la pluralidad y la fuerza de las sensaciones, por la milagrosa sabiduría de las evocaciones y recreaciones mitológicas y arqueológicas, sin encerrarse en el simbolismo, ni en el decadentismo, ni en el mallarminismo, ni en el ruskinismo, sin ponerse librea de lacayo, halló hasta el modo de poetizar — merced al hondo enlace de las relaciones lejanas — el tráfago prosaico de la vida contemporánea y mer-

cantil en su *Canto á la Argentina,* y en las postrimerías, tras de saludar nuevamente á su amiga la Primavera en su segunda composición á Madame Lugones, "porque el arte es eterno y Apolo es inmortal", lloró con místico renunciamiento todas las melancolías de su carne harta, en su edificante oración *En la Cartuja!*

¡Ha muerto el primer lírico de la raza latina! Ya no le veré más á la puerta de las tabernas parisinas, esperar su tedio bajo la fronda del bulevard y soñar con Grecia mientras chupaba la miel que siempre llevara en un bote de latón en un bolsillo de su americana, acaso porque todo un enjambre de áticas abejas había reencarnado en el cuerpo rijoso y ultrasensible de aquel indio chorotega que tenia manos de marqués.

Lírico hortelano de los huertos de América hizo un injerto precioso en los huertos de España, y el caudaloso río de su numen trajo aguas de renovación

al mar inmenso de la poesía castellana.

En las erguidas ceibas de los bosques nicaragüenses han enmudecido sisontes y turpiales, y los ruiseñores de España están llorando la muerte de su hermano mayor.

Sobre el pedestal que han formado las piedras innúmeras conque le lapidaron beocios y filisteos — callados para siempre por respeto á la Pálida —, se levanta, en el cielo ya, la gloria del poeta; yo, pobre escribidor obscuro, que aprendí, como todos los modernos, á tocar con un dedo, unas notas en el clave maravilloso de su idioma, le envío por las olas y en el viento, tal la Margarita de su cuento rimado, una lágrima, la de mi admiración, la de mi gratitud, la de mi afecto, la de mi razón de ser, que ha de evaporarse sobre la tumba donde yace la efímera vestidura de aquella grande alma eterna bajo el sol ardiente de su Nicaragua natal.

Felipe Sassone.

PALABRAS DE UN HUMILDE

¡Grande Rubén de la lira de oro!
¡Regio señor de los ritmos audaces!
¡Dios del confín del silencio sonoro!
¡Rudo titán de los labios voraces!

Fuerte y febril á lo Dante y Homero;
amplio de luz cual un sol en la altura,
sabes vibrar como al choque el acero,
cincelador de la diosa Amargura.

Viento sutil de la selva florida;
mágica voz que tu fama pregona;

dulce cantar que embalsama la herida,
lírica flor de la griega corona.

Haces reir cuando hay risa en tus labios;
haces llorar cuando hay llanto en tus ojos.
Eres de miel en la ruta de agravios,
eres de azul en la senda de abrojos!

¡Lleno de amor para el pecho anhelante,
leno de paz para el pecho exaltado!
¡Angel del Bien con el alma triunfante,
Cruz de dolor que redime el pecado!

Es tu laud una escala de ideas
—rosas después en el monte Parnaso—,
que hacen brillar, como ricas preseas,
la hirsuta piel del solemne Pegaso.

¡Ah, del valor de tu inmenso tesoro,
rudo titán de los labios voraces,
Dios del confín del silencio sonoro!

¡Ah, del valor de tu regio tesoro,
mago señor de los ritmos audaces,
grande Rubén de la lira de oro!

Huésped egregio de Olimpo lejano,
¡oh, gran Rubén, si me dieras la mano!

E. Aragonés Itúrbide.

EL POETA HISPANO-AMERICANO

Con la pérdida de Rubén Darío no ha muerto sólo el primer poeta de lengua castellana; hemos perdido además el hombre que servía de nexo y unión á todos los componentes del mundo hispano.

Rubén Darío no era de aqui ni de allá, de Nicaragua ó de Chile; era de todas partes; era exactamente el poeta español, español por antonomasia. Era el príncipe de los escritores españoles, y, para mejor decir, era el emperador de un imperio que tiene como base única y sólida el habla.

Este fenómeno de la unanimidad sólo

se ha dado, modernamente, en Rubén Darío. En todas partes donde llegó á residir se efectuaba el mismo hecho curioso: el público lo adoptaba como suyo. Era, pues, de todas las naciones castellanas. Vivió en Chile, y los chilenos le llamaban su compatriota; vivió en Buenos Aires, y los argentinos lo adoptaron con un fervor entusiasta; los españoles le consideraban español... Entretanto, el poeta se dejaba querer por todos, y se reconocía, en efecto, sucesivamente nicaragüense, chileno, argentino, español.

Otros escritores del mundo castellano tienen un renombre grande y legítimo; pero esa gloria nunca es total, completa y unánime, sino circunscripta al país natal y á una zona de irradiación relativa. Pero Rubén Darío lograba iguales triunfos en todos los países. Todos los países lo comprendían y estimaban con la misma fuerza. Fué, en una palabra, el hombre que prestó unidad al sentir castellano; el poeta unánime del mundo español,

el nexo ideal y propicio de tantas gentes dispersas. Sólo por esto merecería nuestra veneración, sino interviese además el extraordinario valor de su obra poética.

Ha muerto un gran poeta. Un gran poeta definitivo, esa cosa rara que los dioses conceden al mundo tan pocas veces y en tan espaciados intervalos de tiempo. Á diario vemos surgir poetas; oímos constantemente el rumor métrico de las versificaciones; salen al mundo los versos con diversas sonoridades, expresando motivos líricos, épicos, filosóficos, teosóficos... De pronto escuchamos la melodía de un auténtico poeta, y todo aquel ruido versificador queda eclipsado, como los vanos rumores de la selva ante el canto del ruiseñor.

Al principio, debo confesarlo noblemente, sentí una cierta hostilidad por Rubén Darío. Me enojaba su veneración excesivamente francesa, como humilde tributo del mestizo americano hacia la

brillante cultura de París; me enojaba su pirueteo verbalista y esa su propensión tropical á producir efectos gramaticales con artificiosas incorrecciones.

Otras veces, sin embargo, hemos desdeñado á poetas que luego nos han vencido para toda la vida. También al principio desdeñaba yo á Heine, y más tarde me sujetó con su íntima garra genial. Así también he caído en la órbita sugerente y mágica de Rubén Darío, y considero su Sonatina como una piedra preciosa, y para los instantes críticos de la melancolía suben del alma á los labios aquelos versos...

> Juventud, divino tesoro.
> ya te vas para no volver;
> cuando quiero llorar, no lloro,
> y á veces lloro sin querer.

Personalmente conocí á Rubén Darío en Buenos Aires, dentro de la casa de *La Nación*. Lo habían llevado, como cartel de propaganda, unos editores parisinos, á lo largo de Sudamérica. El poeta se

dejaba llevar, con esa torpeza económica y esa sumisión humilde que hicieron de su vida una cosa quebrada, negligente, turbia y pintoresca.

Se le dió un banquete apologético, y yo formé en el número de los comensales. Olímpico banquete, si hay que opinar por el precio: mi escote personal me costó la suma de 36 pesos, la cifra más alta que he pagado por una comida.

Durante el banquete tuve al poeta frente á mí. Estaba en actitud violenta, contenida. Disimulaba, se abstenía, sufría... Cuando el vino de Champagne comenzó á burbujear sobre la mesa del banquete, yo recordé la opinión general, que asignaba á Rubén Darío un amor ferviente é inapelable por el rico vino francés. Pero el poeta, bajo el imperio de todas las miradas admiradoras y observadoras, se contuvo. Y sus grandes y dulces ojos de mestizo vieron correr las copas espumantes, en una moral y heroica abstinencia.

El rostro grande y rapado de Rubén Darío se me presentó como la expresión de un espíritu que podría haber sido fuerte, y que no quiso serlo, un poco por desidia, ó acaso porque no sintió la necesidad de ser fuerte... El triunfo próximo, pronto, universal; el halago inmediato y fácil de todos los públicos; la falta de necesidad; esto le llevó por el camino de atajo hacia la muerte prematura. Aquella estoica y moral abstinencia del banquete ruidoso, abundante, lleno de Champagne, me ilustró en el conocimiento de un carácter que, por lo menos, poseía la íntima armazón de la fuerza.

Observé en sus ojos una duplicidad de expresión. Había en aquella mirada tanto de amabilidad como de recelo, ese recelo vigilante que suele notarse en los hombres tímidos, inteligentes y que han viajado y vivido mucho.

En cuanto al público de la Argentina, siente por Rubén Darío una verdadera veneración. Los argentinos no se resig-

nan á llamarle extranjero; le tienen por un hijo preclaro del Plata; á estas horas le llorarán con un dolor angustioso.

Es allí, en la Argentina, donde tiene el poeta acaso los más vehementes amadores. Los argentinos no olvidan que las "Prosas profanas", "Los raros", y numerosos artículos encantadores, fueron escritos en Buenos Aires, en medio de una bohemia extraña. Y era extraña su bohemia, porque se ejercitaba en un ambiente hostil, en una ciudad cartaginesa, entre la balumba de los agiotistas y los vulgares buscadores de oro.

Cayó, pues, Rubén Darío en Buenos Aires como una magnífica perturbación. Sus versos revolucionarios causaron morales catástrofes. Los jóvenes se volvían locos. Formó en seguida *escuela*, y un grupo tumultuoso de criollos dejaron que el pelo les creciera en libertad. Y los catecúmenos de la nueva poesía, dando de través á los negocios y las cotizaciones, renunciaron á la riqueza amonedada por

escuchar é imitar al vate. Se hartaban, entretanto, de líquido germano en la cervecería de Anes Keller, especie de elegante bodegón al estilo de Munich...

Ahora el poeta descansa en el seno de la muerte. Después de Campoamor y de Zorrilla, él ha cumplido la grave misión de unir y acordar los diversos componentes del mundo castellano. Esta vez no ha sido un español peninsular el primer mago del espiritual imperio; la fortuna quiso que fuera un español de América quien arrostrase la responsabilidad del cetro. Esto nos hace entender que, verdaderamente, y, en efecto, la vida se amplía hoy más que nunca, y que las naciones no son ya meros conceptos geográficos y políticos. Hay una nación positiva que se sustenta sobre el idioma. Y esta inmensa y ascendente nacionalidad castellana, ó española. (¿Por qué desearíais vosotros, los catalanistas, desdeñar el regalo que os brinda la Providencia de pertenecer á una Patria grande, univer-

sal, cada vez más grande é ilustre? ¿Por qué no había de salir de Cataluña, ó de Vasconia, el sucesor principesco de Rubén Darío, nexo cordial de veinte naciones?)

José María Salaverria.

LA ADONIA DEL POETA

!Los huérfanos gimen! Es que ha muerto el coloso
cantor de amor y de marcial trofeo.
Como murió el Adonis de perfil hermoso,
ha muerto Adonis el del rostro feo.

¡Maldita hermosura de la carne que es fatua
—del fruto podre vanidad de cáscara—,
bella sólo por ser modelo de la estatua!
¡Qué importa la hermosura de la máscara!

¡Malditas las cosas silenciosas y estáticas!
¡Maldito el charco-espejo de Narciso!
¡Bendición á las liras y á las flautas áticas
que estremecen las figuras del friso!

¡Maldición al verso que es de peltre y de talco!
¡Oro de gloria á Rubén en su Adonia!
Llantos y anémonas sobre el gran catafalco,
entre los nítidos fustes de Jonia.

Rizos de piedra, espiras, capitel jónico.
Volutas retorcidas cual zarcillos
que fueron molinetes de un puntero armónico
para los melódicos caramillos.

Helicoidal tirabuzón de caracolas
hecho en el blanco cabello del Paros,
curva remedada de las egeas olas
de los flancos del mar zarcos y claros.

¡Rubén Darío, has muerto! ¡Rubén Darío,
de marfil y ébano tu lecho sea!
¡Besen airones de humo de mirra tu frío
cuerpo, dispuesto al connubio con Rhea!

¡Oh, Cibeles, que tienes collados por senos,
en ti la savia del mundo se encierra!
¡Para los muertos tus pechos están siempre llenos!
¡La última querida del hombre es la tierra!

En Nicaragua la hija de Telus te espera,
gran poeta de erótico prestigio;
serás grano de oro en su gran sementera.
Ella te amaba como al Atis frigio.

(Atis, envidioso de verla tan fecunda,
con una piedra aguda se castró;
con su virilidad murió, y la coyunda
de su carroña á Rhea fecundó.)

Y es que la Cópula y la Muerte son lo mismo:
eslabones causales, altos nexos,
lucios lampadarios del sideral abismo.
¡Gloria á las Agonías y á los Sexos!

¡Gloria á las lúbricas metafísicas hambres
que redimen del lodo y del marasmo!
¡Gloria á las rosas negras de rojos estambres!
¡Gloria á la ciencia, hija del espasmo!

¡Muerte, madre de metamorfosis hermosas!
Cual vino á ser mariposa la oruga,
vendrá á ser sangre el rosal y la carne rosas.
La Materia Eterna siempre está en fuga.

¡Böcklin, Maeterlinck! Quien fornica se destruye,
y la Intrusa es potente y es lasciva;
el protoplasma muerto hacia otras formas huye,
y queda del Dolor la llaga viva.

¡Rubén, Rubén! Queda en carne viva mi lacra
ante el despojo de tu carne muerta.
¡Mas no lloro! Se dió á ti la Armonía sacra,
y hoy devuelves al Cosmos su alta oferta.

Rubén Darío, sol mítico y panteísta,
en el Gran Todo tu substancia fluye;
tu verso cadencioso, síntesis de artista,
entre las multitudes se diluye.

¡Morir no es morir! Es proteica mudanza.
De aspecto en aspecto transmigramos,
y con nuestros sollozos, la Unica Esperanza,
El Devenir, la Muerte denigramos.

Como ante el Sol, hay que cantar ante los muertos,
porque han ascendido unos tramos más
en la Infinita Escalinata. Están ciertos
de lo que hay del velo mayo detrás.

Rubén, no te lloro, porque no te he perdido;
te canto, porque aún canta tu recuerdo
en mi alma de alumno. Tus versos he aprendido,
y porque te recuerdo no te pierdo.

Tu carne nutre el asfódelo del montículo;
al trasmontar, la vida se remoza,
y silba la flauta de cañas de Janículo
los rotundos escolios de Spinoza.

MAURICIO BACARISSE

EL HOMBRE

Ha muerto joven todavía; pero con el espíritu ya viejo, cansado, agotado. Como Verlaine, su amigo inseparable, fué un derrochador, lo mismo de su arte que de su vida. Cuando estuvo de paso por Madrid, en dirección á la Argentina, sus amigos decían asombrados que Rubén Darío iba á emprender el verdadero viaje al otro mundo. Y así fué. Porque el poeta, consumido por la neurastenia, en la que cayó después de una vida disipada y tormentosa, se ha dejado morir como cualquier mendigo. Hace poco tiempo escribía á un amigo suyo de Barcelona, y su carta, rebosante de

amargura, daba idea de las escaseces que sufría y de la impotencia absoluta en que se hallaba para trabajar. Esta carta sirvió de pretexto á una campaña pidiendo protección para el hombre que no tenía qué comer. Y este hombre, que no tenía qué comer por haber derrochado á manos llenas el dinero, tuvo un gesto heroico, gesto de artista, gesto de nobleza, y en un artículo—el último artículo quizás de Rubén Darío—excomulgó á los que para él pedían diciendo "que despreciaba los salarios adquiridos por socorro".

Y Rubén Darío se ha dejado morir como el mismo Verlaine, como nuestro Zorrilla, con un gesto despectivo para la Humanidad, que no le comprendía.

Su vida es más admirable que su obra. ¡Qué profanación!—dirán, seguramente, los poetillas hueros que se entusiasmaban con las sonoridades de Rubén.

Pues, sí, señores. Las andanzas de Rubén Darío por tierras de América, por

España, en el mismo París, son precisamente las que dan acabada sensación del alma de aquel inmenso artista.

Cuando Rubén Darío hizo versos por el gusto de hacerlos, se elevó sobre todos y fué el genio. Pero, ¡ah!, cuando el poeta necesitó producir para comer, cuando cayó en manos de los editores, él mismo lo decía: "Me sonroja leer mis mismos versos".

Triste verdad. Rubén, que ha tenido el poder de Dios, porque creó una forma poética, sacrificó luego á su vida toda la labor de artista.

Los gobiernos de su país, deslumbrados por la fama de Rubén Darío, le designaron como representante en las Embajadas, y Rubén Darío, que era un gran humorista, hizo las cosas más divertidas, llegando á escandalizar como Petronio y á hacer famosas sus fiestas, verdaderas orgías, en las que el poeta, con gran gentileza, demostraba la inutilidad de las funciones diplomáticas.

Muerto Rubén Darío, su obra queda. Será uno de los glorificados, y su nombre sonará en los labios de sus admiradores con esa santa unción de todo lo sobrenatural.

Y su espíritu mal comprendido seguirá infestando nuestra literatura por la ramplonería cursi y decante de esos malhadados poetillas que tan decidida vocación sienten por el ridículo.

Antonio de la Villa

LA PRINCESA ESTÁ TRISTE...

Cae la tarde. El sol abandona la ciudad, recorre el campo fugitivamente y se precipita en una sima lejana... La lívida luz de un cielo crepuscular destaca las negras siluetas de los árboles. Las sombras invaden paulatinamente la estancia. Junto á la vidriera del balcón hay una mujer, casi una niña, que en sus manos lánguidas tiene un libro entreabierto. Sus labios parecen musitar aún los versos de un madrigal. Sus bellos ojos, inmóviles, dejan la mirada errante por el ámbito del jardín.

La niña suspira melancólicamente y siente en su alma la inquietud de un

anhelo vago é indefinido. Si en aquel momento llegan á sus oídos las notas apasionadas de una sonatina, sus ojos vierten lágrimas de voluptuosidad.

Es la hora romántica en que tantas almas lloran, porque no pueden sentir la felicidad de un amor. Es la hora en que las niñas suspiran al ver en el cielo una estrella que pasa y las mujeres *recuerdan* al percibir el aroma de una flor que se mustia en un búcaro. Es la hora *cursi*, la que llaman cursi los hombres que aparentan fortaleza de espíritu y las mujeres que alardean de frivolidad...

La Princesa está triste... Pero el hada madrina, que sabe la causa de aquella pena, calma la inquietud de su pecho anunciando la llegada del feliz caballero que ha de encender sus labios en un beso de amor.

La niña está seria y pálida, igual que la Princesa; porque también en su alma siente florecer la vida con la bella ilusión de amar. Y vibran en sus labios las es-

trofas de la "sonatina", como vibran y han de vibrar eternamente armoniosas, en los labios de todas las niñas que miran con fijeza la lejanía azul, esperando que aparezca el gentil caballero soñado por ellas en sus rosados sueños de virgen...

El poeta nace para cantar el amor, y todas las inquietudes de su espíritu, ante el misterio de la Vida ó de la Muerte, sólo hallan eco en el cerebro de algunos hombres cultos. Si sus estrofas no han estremecido las fibras de un corazón, si el poeta no amó y expresó después con la música de sus versos el dolor ó el placer que sus nervios sufrieron ó gozaron, su labor poética es completamente inútil. Su nombre quedará registrado en la historia literaria de su país, y algún fragmento de sus poemas servirá para ejemplo en la Preceptiva declarada de texto en las escuelas de su patria; pero su obra no alcanzará la inmortalidad

verdadera, la que da la eterna vida de una canción que, á lo largo de los siglos, van repitiendo las generaciones de amantes con el prestigio de una áurea leyenda. Porque son las mujeres, encarnación de amor y de poesía, la fuente viva de la inmortalidad.

¿Dónde está la gloria de los poetas didácticos? ¿Quién recuerda y es capaz de recitar alguna estrofa del poema de Pacheco, ni aun del mismo Delille? ¿Dónde está la gloria de los poetas épicos si en sus cantos no han mezclado los episodios de amor? ¿Hay alguien que guarde en su memoria algún fragmento de *La Araucana?*

En cambio, son verdaderamente inmortales los poemas épicos donde se intercalan asuntos amorosos, y son éstos, precisamente, los que les dieron su inmortalidad.

Los poemas de Homero, sin los múltiples amores de sus héroes, tendrian únicamente un valor arqueológico. La per-

fidia amorosa de Elena, *la de los blancos brazos*, y la casta fidelidad de Penélope, les dieron vida perdurable. De *La Divina Comedia*, del Dante, sólo se recuerda el episodio del amor infernal de Paolo y Francesca, y en la *Jerusalem Libertada* sobresalen, vibrando incesantemente, los desesperados acentos de Arminda.

Sobre el fondo filosófico de Fausto, destaca el concepto poético de su amor por Margarita, y en *El Diablo Mundo* es la figura de Teresa quien ciñe en las sienes de Espronceda los laureles de la gloria.

Aunque renegara Zorrilla del enamorado Tenorio, el nimbo que aureola su frente de poeta no es más que un destello de aquella radiante apoteosis en que se funden las almas apasionadas de Don Juan y Doña Inés, purificadas por la bondad divina.

Las hondas preocupaciones de los poetas, que interrogan á la Esfinge tratando de descifrar el enigma de nuestro

destino, quedan olvidadas en las hojas impresas del libro. Sólo viven las páginas donde imprimieron sus huellas el dolor ó el placer de amar.

Los poetas que, como Campoamor, acertaron á expresar los diferentes estados psicológicos de la mujer, ó, como Bécquer, sufrieron las torturas de su desvío, son siempre inmortales.

Rubén Darío ha lamentado, en versos galantes, aparentemente frívolos, la crueldad amatoria de la marquesa Eulalia; ha soñado con la pobre Princesa de los ojos azules, y con ella ha sentido la dulce angustia de un anhelo amoroso y ha llorado tristemente al recordar la extinta alegría de aquella flor de histeria deshojada por la Muerte, como una margarita de amor.

Rubén Darío ha rimado sus canciones con lágrimas y suspiros de pechos amantes. Rubén Darío es inmortal.

Todos los días, á la hora *cursi* del

anochecer, hay muchos seres que sienten invadida su alma por una tenue melancolía. En muchos labios florece una canción que, con bellas palabras de un poeta, expresa sus propios sentimientos. Como las plantas injertas, sus raíces dan la savia para que otras flores, más bellas que las suyas, expresen bellamente la vida que agita y conmueve las fibras de su ser.

Esas palabras, que en fuerza de repetirlas llegaron á ser vulgares, son la esencia de toda poesía y son el germen de la inmortalidad.

«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros...»

«Volverán las oscuras golondrinas...»

«Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!...»

¡Bellas frases poéticas, vivas siempre en la memoria de los enamorados! ¡Sois la verdadera inmortalidad!

La niña, que junto á la vidriera del balcón suspira melancólicamente, abre

de nuevo el libro que sostienen sus manos lánguidas: *La Princesa está triste...* Los árboles negrean en el jardín, bajo un cielo argentado. La niña está seria y pálida, igual que la Princesa... *¿Qué tendrá la Princesa?*

SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA.

UN RETORNO Á ATENAS

Fuimos muchos, en este Madrid que los frívolos tiene por banal, los que anduvimos por las calles acongojados y llenos de pesadumbre aquel día en que se supo la muerte de Rubén Darío. La noticia nos llegó muy escueta, y no hubo más remedio que llenar sus lagunas con la imaginación, pues uno se resistía á considerar la muerte de Rubén como las demás muertes. Yo hablé de la "ascensión" del poeta. No supe decir otra palabra.

Nadie conocía detalles de un tránsito tan solemne, y si teníamos la íntima certeza de que su muerte podía figurar entre las "muertes sabrosas" de que nos

habla Santa Teresa con deleite, en cambio nos atormentaba el temor de que el marco no fuese digno del cuadro.

Mas llega una carta de un compatricio del poeta y á todos nos deja deslumbrados. Los mismos que reflejábamos pesadumbre el día de su muerte, parece que ahora andamos más ligeros y nos sentimos reconfortados.

—¿Has leído la carta?—nos preguntamos unos á otros. Y quisiéramos conocer á algún hijo de Nicaragua para estrecharle en nuestros brazos con la más cordial de las efusiones.

Hablo de la carta de Rafael Heliodoro Valle á Amado Nervo (1). La publicó *España* y he dudado antes de referirme á ella—aun siendo muy grandes mis deseos de hacerlo—por esperar que alguien, con más autoridad, dijera lo que yo me propongo decir.

(1) «Belice, 18 de Febrero de 1916.

»Don Amado Nervo.—Madrid.

»Mi querido Nervo: Se nos fué para siempre

Esta carta que nos llega de Nicaragua —"sangre de Hispania fecunda"—es consuelo, lección y motivo de grande alegría para los amigos de Rubén Darío, que en España somos legión, y para España misma, que poco antes de cumplirse un siglo de la emancipación de su hija—fragante, sonora y llena, en nuestras mentes, de todos los misterios de la selva sagrada—se le muestra hija de

---

nuestro Rubén Darío, la noche del 8 de este mes, á las diez y quince minutos, la hora suave en que deben morir aquellos que, como él, han ejercido el armonioso ministerio de las almas. Murió en su casa natal, en León de Nicaragua, después de uua operación en el hígado, que le hizo el doctor Debayle, en su sanatorio. Él, que á los ocho años presentía su gloria, tuvo la visión de su muerte, y ha muerto en santidad poética, en la tierra solar que le dió carne insigne y espíritu divino, viendo otra vez «los palacios de barro y paja» de que hablara en el retorno.

»Dos días lo han tenido en la casa mortuoria y ocho en la Universidad. Las municipalidades de Nicaragua pagarán los gastos del entierro; el Gobierno le ha hecho honores de presidente de la República, y la Iglesia le ha rendido el homenaje que concede á los Príncipes. Por la calle donde pasó, en hombros, el cadáver, la muchedumbre

Atenas, heredera de la gracia, obediente al ritmo, á la cadencia, á la armonía... es decir, fiel al "Evangelio" del divino poeta.

Los españoles nos sentiremos eternamente orgullosos de haber dado una de nuestras lenguas (que España tiene sus lenguas, así, en plural, como el Espíritu Santo), y con ella nuestra alma, y un pueblo como Nicaragua, que en plena

---

regó guirnaldas, y de todo el país han mandado palmas y rosas como para un Domingo de Ramos. Era justo que así lo apoteotizaran sus paisanos, pues él ha sido una de nuestras más legales glorias en el mundo y nos hizo el bien de su Poesía, que era enviada para redimirnos.

»Recemos por su descanso y su definitiva transfiguración. Ya dejó de temblar ante la que tanto temía. Ya se sentó en la sede azulada de la inmortalidad. No volverá á decir: «¡Vamos á morir, Dios mío, vamos á morir!».

»Aquí todos estamos consternados. Usted, que lo quería tanto como nosotros, se atribulará cuando sepa todo esto sobre aquél que hablaba como los poetas de hace siglos y que escribía prosas como las de los Santos.

»Adiós, Nervo. Yo siempre lo recuerdo con cariño.

»RAFAEL HELIODORO VALLE»

aurora del siglo xx ha ofrecido al mundo el más alto ejemplo de espiritualidad.

No podremos olvidarlo nunca. "Por la calle donde pasó en hombros el cadáver —dice la carta—, la muchedumbre regó guirnaldas, y de todo el país han mandado palmas y rosas, como para un Domingo de Ramos.

Y, ¿no hemos de expresarle á un pueblo así nuestra profunda admiración? Creo que España tiene el deber de hacerlo. Ahora sabemos que "bajo el nicaragüense sol de encendidos colores" florecen altas virtudes civiles. Rubén Darío era nuestro también, y al saber que nos lo han enterrado tan dignamente, debemos mostrarnos agradecidos.

Pido á mis compañeros que me ayuden. No sé si eso de dejar tarjeta en todos los Consulados de Nicaragua en España—en día y hora determinados—sería suficiente. Sospecho que no. Lo encuentro pobre; pero pobre es también mi ingenio. Confío que no han de faltar-

le adhesiones á la idea, y que entre todos haremos algo para que Nicaragua sepa que, por la gracia de su amplio y noble ademán, nos hallamos unidos á ella en Rubén Darío.

SANTIAGO VINARDELL.

RESPONSO A LA MANO CREADORA DE RUBEN

Mano de hierro dulce, mano de blanda cera,
mano de rosa rosa, de sándalo y de vino,
¡oh, manojo divino
de flores, crisantemo de otoño en primavera!

En tu loco entusiasmo, corriste por las pistas
blancas, donde grabaste las magnas epopeyas
en columnas gigantes de gentiles aristas
y en un derramamiento prolífico de estrellas.

Domeñaste caballos, y cisnes, y leones,
y reyes, y en el cielo de tus cinco sentidos
pusiste, en vez de carne, cinco constelaciones,
y cinco blancas rosas, y cinco blandos nidos.

Y fuiste tan sonora, sensible y sensitiva,
que á la emoción hiciste llorar tan dulcemente
como si palpitase en ti una arteria viva,
y un corazón emocionado, y una frente.

Instrumental, sinfónica, con todos los registros,
tus cañas fueron cinco cuerdas de violines,
cinco trompas guerreras, cinco armoniosos sistros,
cinco claros clarines.

Oh, mano que, guardada en tu estuche de raso,
has perdido el compás, el ritmo y la armonía;
¿qué fueron de los nervios que te unían al brazo?
¿y qué fué del espíritu que al corazón te unía?

¿Cómo, cómo te has ido?
¿Cómo tu blanca luna se ocultó entre celajes?
¿Qué flecha de curare de un flechazo te ha herido
que ha hecho saltar tu sangre de entre encajes?

Pero aún vives viva entre los rasos rosa,
entre el perfume suave y las carnes de seda,
en la oculta crisálida que será mariposa,
en el pico del cisne y en los labios de Leda.

Y aunque seas un blanco esqueleto de plata,
llevarás en tus dedos tus buriles de artífice,
y prenderás con aire tu gran manto escarlata,
y brillará en los siglos tu anillo de pontífice.

Rogelio Buendía.

EL CEREBRO DE RUBEN

La información de ese caballero, que se llama nada menos que Evenol Cetro Wasmar, recogida por el *Heraldo*, tal vez haya tenido la virtud de emocionar á los admiradores del glorioso poeta.

¡El cerebro de Rubén Darío, robado! ¡La masa muerta de 1.600 gramos de materia encefálica conducida como un tesoro en un maletín, á costa de un argentino que daba por ella su peso en diamantes, ó á costa de un general que quería conservarla para su pueblo y guardarla en él!

Porque, según parece, ha sido un ge-

neral, D. Andrés Murillo — digámoslo en su honor—quien apoderóse del triste despojo, para que se descompusiera bajo el cielo granadino y no en terrenos leoneses, sirviendo así á Granada, rival eterna de León, y haciendo feliz á un médico sin preocuparse de la felicidad de otro.

Ambos, el que tenía el cerebro—que tal vez creyera cuando desapareció que, convertido en un águila, había volado hacia el azul—y el que lo deseaba—que ahora lo tendrá en su laboratorio inmóvil como una meollada de cordero—, pretendían estudiar su composición maravillosa, descubrir en qué riconcillos escondía la luz, los céfiros los perfumes y las músicas de que estaban llenas sus poesías.

Y con el mismo ardor que los médicos, León y Granada, las ciudades enemigas, disputábanse el cerebro del poeta... Conmovedor, si no le diese á la ironía tan poderosas alas, sería este ho-

menaje que sus paisanos le rinden á Rubén. Se disputan un cerebro inerte que cuando palpitaba, regado por la sangre, y les envanecía, no les preocupó; se disputan la caja donde se extinguió la música, el nido de donde huyeron los pájaros, el filón que agotó la muerte.

Ahora Rubén, el vate universal, es el poeta *local* de León, el poeta *local* de Granada. Y ni Granada ni León, con sus caudales, se preocuparon de embellecerle la vida al dueño del cerebro, que sólo se preocupó de crear belleza.

Pero la gente en todo el mundo es así, y al poeta cuyo cerebro se hurta como una alhaja en vez de arrojarlo á un pudridero, se le puede considerar feliz.

PARMENO.

HA MUERTO EL PONTÍFICE...

"Ha muerto el pontífice del Parnaso, el Vicario de Hugo; las campanas de la Basílica lírica están tocando vacante. Descansa ya, pálida y sin la sangre de la vida, aquella majestuosa cabeza de sumo sacerdote, aquella testa coronada —coronada de los más verdes laureles—, llena de augusta hermosura antigua y cuyos rasgos exigen el relieve de la medalla y la consagración olímpica del mármol."

Así, con este párrafo de tan magníficas sonoridades, inicia el poeta muerto las deslumbrantes páginas que en su libro, *Los Raros*, consagra á Leconte de

Lisle. Y así quiero encabezar yo estas cuartillas que pongo sobre la tumba del ruiseñor, ido para siempre, como un ramo de rosas: frescas y puras rosas que sangran miel y hiel de amor y de dolor.

Rubén Darío ha muerto; bajo la tierra maternal de Nicaragua se pudren sus restos mortales y su espíritu superior, escapado por fin de la cárcel de arcilla, ha traspuesto la puerta de oro ante la cual flamean los ojos de llama del dragón inmortal: la Religión.

Rubén Darío ha muerto; estas cuatro palabras son sobre nuestro corazón como cuatro mazazos crueles. No es sólo un gran poeta, el más grande poeta de este siglo, lo que con él se ha ido de entre nosotros; ¡es mucho más! Los que tuvimos la suerte de estrechar una vez su mano, de oir su voz durante algunos minutos, no le olvidaremos nunca... Era un hombre bueno, una inteligencia luminosa y un corazón supremamente comprensivo.

—¿Con quién comentaré ahora mi *Lámpara maravillosa?*—gemía Valle Inclán, la noche en que la noticia de la muerte del poeta llegó á nuestro *rincón de Levante.*

Y aquella angustiada pregunta del gran D. Ramón era el más elocuente elogio del pobre Rubén. ¡Con nadie, con nadie, sino con aquél que nos abandonó para siempre—¡oh, Maestro!—hubieras podido hablar de tu libro como tu libro se merece! Él hubiera sabido escucharte, él hubiera sabido caminar por la vereda de oro de tu palabra hacia la estrella de tu intención bendita. Él, como tú, comunicaba con lo sobrenatural; en su alma como en la tuya, el silbido de una ráfaga despertaba sonoridades de mito. En él, antes y mejor que en nadie, hubiera señalado su influencia tu libro removedor y renovador.

Porque la comprensión absoluta, esa admirable facultad de asimilarse en determinado momento, cualquier idea,

cualquier sentimiento, cualquier sensación, era quizá la más alta virtud de poeta que había en Rubén. Y por ella fué único y divino. Comprender es amar. Se ama todo lo que se comprende. Mira al mundo—¡oh, lector!—con ojos lavados y corazón limpio, y lo comprenderás todo, lo amarás todo, y serás feliz. Así lo fué Rubén. Por eso una invencible corriente de amor y simpatía nos arrastra hacia el lago de su arte donde bogan unánimes los cisnes del Bien y la Verdad.

En España nos resentimos un poco de incomprensión. Hay aquí una lamentable tendencia á menospreciar lo ajeno, lo extraño, lo difícil; mejor dicho, lo menos fácil. Esto sucedió al principio con los poemas de Rubén. El vulgo literario —el peor de los vulgos—no comprendiéndole, se negó á escucharle. Las "cabecíñas calvas" de la crítica, de las que brotaban á diario los más disparatados elogios para la estruendosa ramplonería de los Ferrari, los Grilo y los Velarde,

tuvieron para el nuevo rapsoda, cuando no frases de franca repulsión, un silencio desdeñoso y asaz expresivo. Los poetas (¿?) festivos, esa especie de animales híbridos é invertebrados, voceros de las mayorías indoctas, se dedicaron al fácil y populachesco saltimbanquismo de la parodia. Se inventó una palabreja llena de impotencia y envidia, tanto como vacía de sentido: *modernismo*. El poeta se encontró aislado. José Enrique Rodó, cuando Rubén navegaba hacia España, presintió esto, y, presintiéndolo, escribía:

"Encontrará allí un gran silencio y un doloroso estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella Madre de vencidos caballeros sobrelleva—menos como la *Hécuba* de Eurípides, que como la *Dolorosa* del Tiziano—la austera sombra de su dolor inmerecido."

Pero en seguida añade, con no menor

videncia de lo que había de suceder, estas líneas, en las que resplandece el optimismo de la esperanza:

"Hable (Rubén) á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamada pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta..."

Y afortunadamente, acertó también en esto el gran crítico americano. La voz de Rubén encontró eco en los rincones de sombra donde los corazones nuevos velaban las armas de sus futuras hazañas. Villaespesa, el frondoso; Jiménez, el sugeridor; Manuel Machado, el guitarrero; su hermano Antonio, serio y

profundo como un nuevo Manrique; Carrére, el atormentado... Á todos ellos llegaron las armoniosas ondas de aquella voz divina que fué para la poesía española—nuevo Lázaro—como las palabras milagrosas de Cristo: "Levántate y anda."

Lento, pero seguro, Rubén se fué imponiendo. Uno á uno fueron enmudeciendo en su croar los sapos de la charca. Y fué, porque el poeta supo hacer norma de su vida y de su arte aquella estrofa suya:

> La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
> con el fuego interior todo se abrasa.
> Se triunfa del rencor y de la muerte
> y hacia Belén la caravana pasa...

De la muerte habías triunfado ya en el momento de nacer—*¡oh, Padre y maestro mágico!*—, porque naciste con el diamante de la genialidad engarzado en el corazón. Vivo estás en los nuestros; vivo seguirás en los de nuestros hijos y nues-

tros nietos, y así hasta la consumación de los siglos.

Y ahora, para cerrar esta oración por tu alma y por tu gloria, un amén de oro: aquellas palabras con que describes la llegada del príncipe de los parnasianos franceses á la isla de su inmortalidad. Tú las escribiste para su mayor gloria. Sirvan ahora para la tuya.

"Fínjome la llegada de su sombra á una de las islas gloriosas, Tempes, Amatuntes celestes, en donde los orfeos tienen su premio. Recibirásle con palmas en las manos, coros de vírgenes cubiertas de albas, impalpables vestiduras; á lo lejos destacaráse la armonía del pórtico de un templo; bajo frescos laureles, se verán las blancas barbas de los antiguos amados de las musas: Homero, Sófocles, Anacreonte. En un bosque cercano, un grupo de centauros, Qrirón á la cabeza, se acerca para mirar al recién llegado. Brota del mar un himno. Pan aparece. Por el aire suave, bajo la cúpu-

la azul del cielo, un águila pasa, en vuelo rápido, camino del país de las pagodas, de los lotos y de los elefantes...“

JUAN JOSÉ LLOVET.

EL POETA, CARTUJO

Siempre es y será tiempo para hablar del divino Rubén Darío. Sus versos retan y vencen al olvido. Su recuerdo es inmortal é inmarcesible. Llegamos á sus libros envueltos en su luz y cantando en nuestro corazón la sobrehumana armonía.

Porque no es de aquellos, enemigos de sí mismos, á quienes daña y enturbia una segunda lectura; poetas de la primera impresión á quienes no conviene releer para que no se disipe el pasajero perfume ó descubramos el maniquí sobre el cual las sedas y brocados nos mintieron un cuerpo de rey.

Rubén Darío es el Inagotable. Creéis que sus poemas os son harto conocidos por cómo están de fundidos en vuestra sensibilidad y por cómo os iluminan las ideas, y, sin embargo, cada vez que las evocáis imaginativamente ó acudís á ellas en los libros, tienen fulgores nuevos y nuevos senderos para la emoción.

Sus versos y su vida. Porque este poeta del bello nombre y del feo rostro, fué por el mundo, como por la literatura: acuciado de todas las curiosidades y sediento de todas las sensaciones. No fué jamás un espectador indiferente á los espectáculos dolorosos ó alegres, ensombrecidos de noche ó calenturientos de sol; ofrecía su corazón desnudo como el cuerpo de una cortesana que sintiera todos los pudores nupciales de la virgen á cada nuevo amante.

Así pudo ser rapsoda de las hazañas contemporáneas de la industria y de la ciencia; pagano panida, extasiado de campo, de femeninas voluptuosidades:

pulido y pervertido galán del dieciochocentismo francés, escéptico hijo de su siglo... y cartujo...

Nos lo recuerda esta curiosa fotografía, hasta ahora inédita, que me remite un joven y admirable poeta, Pedro Ferrer Gibert, el autor de *Visiones de Mallorca* y *Tardes del jardín.*

Como Verlaine, que después de sus "poemas saturnianos" y sus "fiestas galantes" escribió la "buena canción", Rubén Darío estaba en sus últimos años inquietado por el más allá. El misterio le hirió en la frente con sus aletazos de ave agorera.

Dentro de la carne que caldearon todos los fuegos del pecado mortal, el alma se retorcía por los terribles presentimientos del tránsito incambiable.

Y nadie como él expresó este deseo de anulación terrena, de holocausto de la propia vida, humildemente, anónimamente:

¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería
y que Dios quiere cuando así le place;
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y *¡Requiescat in pace!*
Poder matar el orgullo perverso
y el palpitar de la carne maligna,
todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.
Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo;
y oir como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.
Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al ángel hace estremecer las alas;
por la emoción y por la penitencia
poner en fuga á las diablesas malas.
Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.
Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.
Darme unas manos de disciplinante,
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.
Darme una sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.
¡Y quedar libre de maldad y de engaño,

y sentir una mano que me empuja
á la cueva que acoge al ermitaño,
ó al silencio y la paz de la Cartuja!

Cuando el poeta escribía estas estrofas de su poema *La Cartuja*, vestía el blanco hábito de los desligados de la vida y veía amanacer acaso en la misma celda donde Jorge Sand aceleraba la muerte de Chopín.

Fué durante tres meses que el divino poeta pasó en la Cartuja de Valldemosa y escribía la epístola á Madame Lugones y el romance á Remigio de Gourmont, y la novela autobiográfica que no, llegó á terminar, titulada *Oro de Mallorca.*

Pero fué, sobre todo, cuando lloró todo un día, porque imaginó haber perdido aquel Cristo de marfil que le regalara León XIII, y que él—olvidado de ajenjos, wiskys y labios de vampiresas—besaba con la mística unción de un beato Francisco de Asís; cuando, enfermo y vidente de los cambios ultraterrenos, pidió confesión y lavó ante un sacerdote

su alma perfumada de paganía; cuando, en un viaje de Valdemosa á Palma, hizo detener el carruaje y descendió al camino para, de hinojos, rezar un Padrenuestro...

José Francés.

SEGUNDA PARTE

CRÍTICA

Influencia de Rubén Darío en la poesía española. La importancia de su obra.—Hispano-americanismo.—El fondo y la forma.

EL PRECURSOR

Cuando se escriba la historia de la poesía lírica castellana en el siglo XIX, habrá de figurar en ella Rubén Darío, como cabeza visible de una revolución literaria comparable á la de los italianizantes del siglo XVI, á aquella de Garcilaso y Boscán, en que no sólo se trajo el endecasílabo de Italia, sino también finuras y perfiles de la poesía italiana renacentista. No faltará quien piense que Rubén, mejor que el suave poeta de las églogas, fué un Góngora importador de una nueva moda culteran. Creo que sería este juicio superficial. El hecho es que Rubén Darío, aparte de su indudable

genio poético, de la fecundidad y rique za de su inspiración y de su manera, señala un fenómeno nuevo en la relación de la literatura castellana con las de la América española. Este fenómeno es una influencia marcada, innegable de las jóvenes literaturas castellanas de Ultramar sobre la literatura castellana de Europa, madre de todas ellas. Claro es que sobre la naturaleza de esa influencia hay que entenderse. Al modelar la nueva lírica, al abrirle cauces y señalarle modelos y horizontes, Rubén no nos trajo una poesía aborigen de América. La suya venía impregnada de Mallarmé, de Verlaine, de las escuelas simbolistas y decadentes francesas, que en conjunto forman como un nuevo romanticismo. Pero Verlaine, Mallarmé y en general la poesía moderna francesa, eran conocidos, sin duda, en España, y no influían directamente, al menos con influencia caudalosa y general de escuela, hasta que Rubén Darío sacó de ellas y nos trajo las tendencias

y gustos de la nueva poesía, que se ha llamado, con un vocablo despectivo y algo ridículo, impregnado de misoneísmo de aldea, modernista.

Y no es sólo que Rubén Darío sirviera como de mediador plástico entre la lírica francesa á la castellana, haciendo á la primera con su personal interpretación, más asimilable para la segunda, ó más capaz de influir en ella como una levadura que produjese la fermentación de nuevas formas y nuevas imágenes. Fué algo más. Rubén aportó algo, aportó mucho, que no sólo era genio personal; que además de ser cosa de Rubén Darío, era americano y español, y por tener este elemento común y genérico, se impuso tanto en América como en España, á despecho de las resistencias clasicistas. Esto era una exuberancia, una opulencia, un colorido, una como alegría interna ó plétora de vida que se traduce en todo, en imágenes, en rimas, en cabriolas del ingenio. Todo es múltiple, abundan-

te en esta poesía. Toda ella tiene algo de tropical en el sentido de reflejar una orgía de calor, de luz, de colores, de prolificación, de brote ardiente y activo de vida. Es la juventud de las literaturas de América, unida á las influencias físicas del medio, que marcan su sello en los ingenios y trazan rutas á la historia, y es también la pompa y aparato de nuestra lírica del siglo de oro, vestida á la moderna; un compuesto de elementos personales, de elementos americanos y de elementos españoles.

El hecho es que Rubén fué el primer escritor plenamente hispano-americano, un conquistador, como los que él cantó alguna vez, como los cantara Heredia, el francés; pero un conquistador de retorno, venido de América á España. No ha habido influencia comparable á la suya ni de literatos americanos en España, ni de un literato de América en todo el Nuevo Mundo. Toda la lírica joven de América, es Rubén Darío, como manan-

tial, y en toda la lírica nueva de España, se puede descubrir la huella leonina del autor de *Prosas profanas*. La América española ha producido filólogos y gramáticos como Bello y Cuervo; poetas como Caro, Heredia y el mismo Bello; prosistas tan pulcros y atildados como Juan Montalvo y Rodó; pero hasta Darío no había producido una figura literaria que fuese, más que continental, producto de la raza, y en su esfera, mentor espiritual de ella.

No es que Rubén Darío, individualmente, superase á esos ingenios de América en todo y por todo. Es que era otra cosa: un creador, una fuerza renovadora. Leídos con espíritu de dómine, de maestro de escuela adocenado ó de profesor de retórica y poética de cortos vuelos (porque hay maestros y profesores meritísimos, y no es cosa de agraviar á la clase), ¡cuántos reparos no pueden hacerse á la obra poética de Darío y á su prosa (que tiene poca importancia al

lado de aquella)! Imágenes desconcertadas, versos desafinados, hinchazón, exageraciones, adornos de mal gusto...

Pero eso no es el poeta; esos son los defectos que acompañan á la obra humana, y hasta con más frecuencia á la del genio, por su misma abundancia y espontaneidad, por su creación brusca y violenta. Las medianías laboriosas y atildadas no caen en estas faltas con tanta frecuencia, y nos ofrecen obras sin defectos... pero sin virtudes; sin verdadera belleza, ropas hechas tomadas de tal ó cual figurín.

La historia del teatro y de la novela castellanos modernos se puede escribir prescindiendo de América. La de la poesía lírica, no. Ello es obra de Rubén Darío, principalmente. Para apreciar su importancia, para ver la transcendencia de su influencia poética, hagamos esta sencilla consideración. ¿Faltaría algo esencial en la historia de la literatura española moderna, si no mencionásemos

á los otros ingenios americanos, á Bello, á Cuervo, á Montalvo, á Caro, á tantos otros? Evidentemente, no. Y si quisiéramos omitir á Rubén Darío, al tratar de la lírica moderna, ¿se notaría la omisión en esa historia? Sí. Quedaría incompleta, mutilada, sin lógica, con una laguna ó un enigma en los orígenes de su transformación. Esto da la medida de lo que representa Rubén Darío en la literatura castellana contemporánea.

ANDRENIO.

LA POESIA CASTELLANA Y RUBÉN DARIO

Un juicioso crítico de la América española, á quien se debe quizá el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho, escribió en él las palabras que siguen: "Rubén Darío acaso pertenece hoy, más que á la América, á España". Esta opinión de Pedro Henríquez Ureña no es más que el complemento, á muchos años de distancia, de la tan conocida de José Enrique Rodó: "Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América". El joven maestro dominicano y el reconocido maestro oriental convienen, pues, por exclusión, en una característica del poeta muy digna de ser te-

nida en cuenta: en su no-americanismo. No hay que tomar, con todo, en un sentido de rigurosa literalidad tales pareceres por autorizados que sean. En el de Pedro Henríquez, hay ya una palabra que atenúa.

Para las nuevas generaciones literarias españolas, Rubén Darío no es tampoco un americano. Un Andrés Bello, un José Joaquín de Olmedo, un José María Heredia, un Olegario Víctor Andrade, con estar dentro de la tradición quintanesca y mostrarse, en la forma, muy próximos á nosotros, están, espiritualmente, más lejos, no sólo por la materia del canto, americana en ellos, sino por algo más fuerte: por el transcurso del tiempo, como lo están nuestros mismos Quintanas y Gallegos, Arriazas y Listas. Nuestros verdaderos compatriotas no son los que han nacido en nuestro suelo, sino los que viven en nuestros mismos días. Los grandes cantores que abren en España y en América, el siglo

XIX, tienen otras preocupaciones, se sustentan de otras ideas, brotan de escuela muy distinta. Rubén Darío se levanta en el centro de nuestra sensibilidad y tiene la virtud de orientarla por caminos nuevos. No es el momento de hablar de una literatura española y de una literatura hispano-americana (mucho menos de tantas literaturas como estados). El idioma es lo que da independencia á una literatura y sólo en modalidades exteriores se diferenciarán las literaturas de América de las de sus viejas metrópolis, mientras no posean un medio de expresión substancialmente distinto. Pero ¿cuántos cientos de años se necesitarán para la formación de las lenguas neo-españolas?

Sólo para los muy apegados á la tradición, á la inmovilidad de las formas lingüísticas, puede aparecer Rubén Darío como un iconoclasta. Negar que en nuestro país se le ha discutido, sería vano; pero más vano sería tal vez afir-

mar que los que le discutían conocieron de su obra más que las ocho ó diez poesías repetidas en todas partes, cien veces parodiadas y más de una vez no entendidas. Hay que insistir en afirmar lo castizo de sus versos, siguiendo á Valera que decía, de los de *Azul...*: "Los versos de usted se parecen á los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales; no recuerdan á ningún poeta español, ni antiguo ni de nuestros días." Desde que esto se escribió (1889), el verso de Darío cambió bastante; pero véanse, en cuanto á la forma, el *Friso*, el soneto *Á maestre Gonzalo de Berceo*, para no citar más, en *Prosas profanas;* el *Trébol* de *Cantos de vida y esperanza;* los tercetos de la *Visión*, en *El canto errante*, y tendremos, en todas las grandes etapas de la poesía de Rubén Darío, fuertes ejemplos de versificación clásica suficientes para mostrar á quien lo dude que, si eligió otros caminos, no fué por más llanos, sino por más adecuados para

su sentido poético. Aun á los mismos versos que se tiene por revolucionarios, no sería difícil hallarles abolengo. Quedan sus "versos libres" á la manera francesa, explicables también por nuestra silva, su tentativa de métrica bárbara, discutida por quien más elementos de comprensión debiera tener, por el vulgo literario, y de gran efecto en la lectura en voz alta y sus ricas é innumerables combinaciones rítmicas y agrupaciones estróficas. Todo esto trajo Rubén Darío á la poesía española, en lo exterior y embarcada en tan opulenta nave toda la riqueza de un alma en que se funde la refinada sensibilidad de las viejas razas con un ímpetu juvenil, primitivo, que denuncia otra sangre.

El contacto con la poesía francesa determinó en el genio de Rubén Darío la corriente que hubo de llevarle á plena sazón. Un libro suyo, *Los Raros*, habla con elocuencia en este punto. Los *descubrimientos*, las admiraciones de Darío,

apuntan allí; pero fuera pueril reconocer un maestro suyo en cada uno de los escritores que estudia. No debe tanto como se ha dicho á Verlaine y nada á Mallarmé. Mucho, en cambio, á Banville, á Gautier, al mismo Catulle Mendès; no poco á Moréas, á Tailhade, aun á poetas obscuros como Paul Guigou, en quien se hallaría el movimiento inicial de algunas muy notorias composiciones--que, por otra parte, son en Darío totalmente diversas y á veces superiores á sus dechados. En resumen, sus maestros franceses, mas hay que buscarlos entre los *parnasianos* que entre los *simbolistas;* como parnasiano le define Rodó cuando escribe: "Los que, ante todo, buscais en la palabra de los versos la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora á cosechar estrofas que sangren como arrancadas á entrañas palpitantes." Esto lo dice á pro-

pósito de *Prosas profanas;* pero lo dice mejor aún el poeta en la primera composición de los *Cantos de vida y esperanza.* En ese libro, su personalidad aparece ya libre y definida; pero aún, como los posteriores, su acento se moldea en amplios vasos que le tienden ya Gabriel d'Annunzio, ya Walt Whitman. Todo esto lo trae también á la poesía española.

Cuando llega Darío á España, en 1892, la poesía languidece. Zorrilla va á morir; callan Núñez de Arce y Campoamor. Apenas preludian Manuel Reina y Ricardo Gil. Sólo se oye á los Velarde, á los Ferrari, á los Cavestany—si es que se les oye. Y, sobre todos, se alza la voz nueva y robusta de Salvador Rueda. Darío es su amigo. Escribe el *Pórtico* para su colección titulada *En tropel* (1893). Ha dado ya á diversas revistas composiciones posteriores á *Azul...,* entre ellas la *Sinfonía en gris mayor* (España y América, Madrid, 25 Septiembre 1892). Pero cuando se le conoce verdaderamente es

á raíz de *Prosas profanas;* algún raro ejemplar de la primera edición corre de mano en mano. Jacinto Benavente en *Madrid Cómico* y en *La Vida Literaria,* Luis Ruiz Contreras en la *Revista Nueva,* reproducen poesías, publican originales inéditos. Un grupo de poetas jóvenes se forma en torno suyo. Surgen los nombres de Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, entre otros menores. La nueva poesía castellana empieza.

¿Qué debe á Rubén Darío la nueva poesía castellana? Para los que se figuran que todo en ella son "princesas pálidas" la respuesta es fácil. Quizá no sea muy difícil tampoco, y la mejor que se puede dar es la que una escritora francesa, Rachilde, dió á los que le preguntaban qué papel había desempeñado Verlaine en la poesía de su tiempo: "Abrió las ventanas". Rubén Darío abrió también las ventanas á los poetas españoles. Les dió á conocer los poetas extranjeros

que él amaba; leyó con ellos los poetas primitivos españoles; les libertó de la rigidez de una versificación atada por inflexibles reglas; les dió la preocupación de la forma, transformando el período oratorio, que hace impresión cuando se redondea, en la expresión cortada, rica en sugestiones, valiosa por sí misma: algo de exotismo; algo de arcaísmo; algo de preciosismo. Y, con todo eso, les trajo el don de una exquisita sensibilidad para lo nuevo. No se ha hablado aún, gracias á Dios, entre nosotros, del "sucesor de Rubén Darío". Ningún poeta tuvo sucesores jamás. Interrumpido queda el canto que el poeta no pudo acabar, y los oídos se vuelven no al que intenta continuarlo sino al que canta con más dulce ó más viva expresión un canto nuevo. Si en los principales poetas españoles de hoy se encuentra algo que á Rubén Darío se debe, predilección por los metros que él empleara, por cierta manera de elocución, por cierto vocabulario, en

todos ellos hay personalidad bastante para ser algo más que discípulos del maestro. Con oídos nuevos han escuchado la música del mundo, con ojos nuevos han contemplado la naturaleza, con nueva sensibilidad han seguido el movimiento de su espíritu, con nueva voz han cantado. Pero el maestro los puso en libertad y los soltó en el aire, para que en él se fuesen, como las bandadas de que hablan las *Florecillas*, unos á Oriente y otros á Occidente, unos al Norte y otros al Mediodía.

No en todos los poetas españoles de hoy influyó Darío: Ahí están Unamuno, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa. Pero, esto no obstante, algo ha cambiado en la poesía española desde que Rubén Darío apareció, y por su nombre ha de empezar el capítulo de nuestra historia literaria en que se estudie la poesía de los comienzos del siglo xx.

E. Diez-Canedo

SOBRE LAS FRONTERAS

El gran poeta ha muerto, en Nicaragua, su país natal; ha muerto

... bajo el nicaragüense sol...,

que cantó en una de sus más discutidas y ridiculizadas poesías: en aquella, acaso, que, con el famoso *Soneto de trece versos,* proporcionó más poderosos argumentos en contra de su credo poético á los estratificados en las viejas normas, y más fecunda fuente de inspiración á esos desdichados bufos parodistas de la poesía, que tan íntimo goce parecen encontrar en dejar que aparezca al desnudo, en lamentable exhibición, su incompren-

sividad y falta de inteligencia, disfrazadas de bajo y vulgar ingenio.

Como todos los innovadores, Rubén Darío fué pararrayos sobre el que vinieron á descargar sus iras, sus impotentes y biliosas iras, los que tan á gusto caminaban en el machito de la rutina y la ramplonería. ¡Es tan cómodo, tan agradable, no tener qué pensar! ¡Resulta tan fácil encontrar el carril hecho—y cuanto más llano, mejor—y seguirlo como mula de recua, sin molestarse en buscar nuevas sendas, sin verse obligado al gran esfuerzo de echarse á un lado del camino y remover la tierra y abrirse otro nuevo con distintas perspectivas, con más originales y anchos horizontes!

Rubén Darío es un símbolo. Después veremos también que es toda una época literaria. Es un símbolo, el primer símbolo que de modo eficaz, claro, evidente, muestre lo que para la vieja España, pobre hoy de espíritu en fuerza de haberlo derrochado durante siglos, puede ser la

íntima convivencia con sus hijas las jóvenes razas de Sudamérica, exultantes de vida vigorosa, ambiciosas de acción, rebosantes del saludable ímpetu juvenil de remover y renovar: de crear, en una palabra.

Él vino de América, con su espíritu revolucionario y cosmopolita, extraña fusión de amor á los clásicos castellanos y de ansia de innovar, y transformó profundamente, radicalmente, nuestro mundo literario. Él nos puso en comunicación con Europa: él, americano. Y para ello hubo de romper violentamente el cerco apretado y férreo, la alta y formidable barrera que la chabacanería, la vulgaridad, el ingenio ramplón (que en el *Madrid Cómico*, de malhadada memoria, culminó), y el culto inconsiderado y perezoso de los poetas fáciles y sonoros habían levantado entre nosotros y la Europa que pensaba, que evolucionaba y que seguía su marcha hacia la perfección. Era un fenómeno que por centési-

ma vez se reproducía en nuestra historia: que siempre ha mostrado España la misma afición, sólo explicable por la enorme pereza de la raza, á detenerse, á aislarse, á cristalizar en una forma definitiva. Raza retardataria, sin curiosidad, sin inquietud espiritual—que no lo es el mostrarse díscola y orgullosa, reacia al yugo del conductor—, forzosamente ha de acoger con la repulsa más categórica todo intento de avance que suponga transformación ó simple cambio, como fué el que representó para nuestra poesía la aparición de Rubén Darío.

Y del latigazo, de la violenta sacudida eléctrica que para nuestro pequeño mundo literario significaron aquellos magníficos versos, tan impregnados de espíritu, de cultura, tan íntimamente musicales, tan originalmente elegantes, nuestro pequeño mundo poético se defendió acudiendo al arma del ridículo: el arma de los pequeños, de los miserables, de los pobres de espíritu. No discutió las nue-

vas formas, no opuso razonamientos á las razones de los sacerdotes del nuevo culto: respondió sólo con la burla: y con la burla soez, sin ingenio y sin gracia casi siempre.

Impotencia, al fin y al cabo: porque Rubén Darío, como todo el que lleva en su espíritu la sagrada llama de la eterna poesía—eterna y única á través de sus infinitas transformaciones—, se impuso, formó escuela, y echó al rincón del olvido á toda esa lamentable taifa de poetas chirles, tuertos en tierra de ciegos, que se habían lanzado, en un desesperado y angustioso tacto de codos, á cerrar el paso al apóstol de las nuevas formas. Llegó el hombre con sus dos ojos sanos y abiertos: y ya, no obstante sus gritos y gesticulaciones, ¿quién se acuerda de los desdichados tuertos?

Y he ahí el símbolo representado en Rubén Darío. ¿Qué nuevas corrientes vigorosas de sangre juvenil, de inquietud y de renovación no puede esperar la

vieja España de una íntima convivencia con la joven América?

Dijimos que Rubén Darío es además una época literaria. ¿Quién que la haya vivido podrá dudarlo? Es toda la época de lucha del llamado, no sabemos todavía por qué, *modernismo.* Y no sabemos todavía por qué, porque los modernistas, los terribles modernistas, que nos han presentado como enemigos del idioma y de todo lo castizo, uno de los más graves pecados que cometieron fué el ir á buscar enseñanza é inspiración en las raíces mismas del idioma y de la poesía castellanos. Y así, merced á ellos el arcipreste Gonzalo de Berceo, el marqués de Santillana, los poetas todos—magníficos y castellanísimos poetas—de los siglos XIV y XV, un poco olvidados y sacrificados en aras al culto, excesivo y no siempre producto de reflexión, por los poetas de nuestro Siglo de Oro, renacieron á la admiración pública.

Y con este renacimiento volvió á nues-

tra poesía un poco de sencillez y de transparencia y un deseo de saturación espiritual y de sobriedad, en oposición á la altisonante, campanuda, hueca y palabrera poesía que, por lamentable corrupción del sentido crítico, había venido considerándose, y aun hoy se considera por muchos, como nuestra genuina tradición literaria.

Y esa época de transición entre una poesía que sólo se pagaba de facilidad y resonancia y esta otra actual, en que el poeta persigue una más íntima musicalidad, más elevada, cordial y comunicativa ideología; en que busca el espíritu de la raza, sus ansias, aspiraciones é ideales, y los encierra en palabras sencillas y expresivas, huyendo de los ritmos fáciles y de la palabrería gárrula y profusa, es la época que en este gran poeta tiene su más pura representación: poeta nicaragüense por el nacimiento, pero profundamente español por el espíritu. ¿En qué otro poeta el alma española,

mística y guerrera, caballeresca y emprendedora, de nuestros magníficos siglos de conquista y aventura aparece más exacta y elocuentemente transcripta y evocada que en tantos espléndidos versos del poeta que acaba de morir, y que tan sañudamente fué combatido por galicista y corruptor del idioma? Su nombre ha de pasar unido á la historia literaria de España, sin que de ella pueda separarlo su nacionalidad extraña: que por encima de las fronteras territoriales, una gran frontera espiritual encierra y une á todos los hombres de habla y de espíritu español.

Fantasio.

RUBEN BAJO LA FRONDA

No podían los artistas españoles olvidar á Rubén, el peregrino. Bajo la fronda amable de nuestro Buen Retiro, el busto del gran poeta—Panida, Pan, él mismo—tendrá el trono geórgico que conviene á su divinidad.

Rubén Darío, el magnífico, tan artista que, no contento con el nombre que tenía, hízose uno á su gusto con el encanto y entusiasmo con que hubiera hecho un poema, será glorificado en Madrid, no, por fortuna, con oropeles oficiales, y sí con el hondo amor de quienes quedan en la misma comunidad de su credo de arte.

Un poeta americano era y aún sigue siendo, bien que ya felizmente en considerable excepción, algo para alarmar á los públicos y á los literatos españoles. América, aunque sea doloroso reconocerlo, ha caminado con un gran retraso en la literatura. Por eso vemos que en sus manifestaciones literarias no han pasado todavía de la lírica. No es esto un desdoro, ni mucho menos, ya que la lírica es primitiva, pero eterna, y puede llegar á la más noble excelsitud. El teatro, modo primitivo también, y que aparece en los pueblos inmediatamente después que la poesía lírica, no se manifiesta hasta ahora sino con tenues balbuceos en América. Y en cuanto á la novela, que es ya un arte superior y más perfecto, apenas si hay alguna que merezca los honores de obra considerable entre la producción literaria de las jóvenes Repúblicas hispanoamericanas.

Por regla general, los prosadores de esos paises están todavia en la escuela

oratoria de los nuestros de hace medio siglo, y los poetas permanecen entre Quintana y Núñez de Arce. Cierto que á la idiosincrasia de los naturales y moradores de tales tierras acompaña ese gusto por la ampulosidad y la retórica.

Andrés Bello, que fué el Alberto Lista venezolano, estaba muy bien y era un hombre de su tiempo. Olegario Andrade, el argentino, que es posterior, representa la manera de hacer del autor del *Pelayo*, lo cual ya no está tan bien. En esa modalidad parecieron cristalizar la mayor parte de los vates de la América española, y ha sido menester llegar á fines del siglo XIX para encontrar figuras con propio vigor y personalidad.

Méjico nos ofrece el estro fuerte y tremendo, con ímpetu de terremoto ó de fuego, del Popocatepetl, que es la poesía de Salvador Díaz Mirón, y al lado, la exquisitez y la intensidad de Gutiérrez Nájera y de Amado Nervo. No citaremos de Centro América á Enrique Gómez

Carrillo porque es completamente nuestro. Venezuela nos da la prosa exaltada y la poesía admirable de Blanco-Fombona. El Perú, que ha dejado un prosista como Montalvo, el autor de los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, tiene, y largos años le dure, un poeta como Santos Chocano; y en la parte meridional de la meridional América ha quedado la gloria de José Asunción Silva, el del *Nocturno* glorioso, y la suave melancolía de Herrera Reissig, el de *Los peregrinos de piedra*.

Entre este Parnaso tiene su sitio excelso la figura de Rubén Dario, de quien puede enorgullecerce la América Central. Grecia, España y Francia eran las tres gracias que guiaban su espíritu preclaro. Su larga permanencia en París y su compenetración con la literatura francesa determinaron en él una manera exótica de ser, y al mismo tiempo unos deseos de variedad para la ya de suyo varia y rica métrica española. ¿Es ello

un cargo que se le puede hacer? Nada más lejos de lo verdadero y de lo justo.

Sin faltar al natural respeto que es menester guardar á las tradiciones del idioma, hay que reconocer la necesidad de renovación y de adaptación al espíritu de los tiempos que debe tener el lenguaje, el cual para el artista no debe ser un fin, sino un medio. ¿Será necesario recordar una vez más que Boscan y Garcilaso trajeron á nuestra poesía formas nuevas que no eran españolas? Pues clásicos nuestros son, y nadie osaría discutirlos. Y si llegamos á Cervantes, hallaremos los italianismos que prodiga en sus escritos inmortales y las innovaciones que para bien del idioma introdujo en nuestra habla, sin que por ello quede menoscabado su prestigio.

Rubén Darío ha contribuído de una manera enorme á la renovación de nuestra poesía. El gran artista, que tendrá un puesto de honor en las antologías, merece en la historia de las letras hispano-

americanas el recuerdo debido á quienes traen medios nuevos para la expresión espiritual.

Bien venida sea á la umbría de nuestro Buen Retiro la efigie de este otro

> Padre y maestro mágico, liróforo celeste,

y que ante ella, como en un ara, muestre su fuego nuestro rojo clavel,

> ...la flor extraña,
> regada con la sangre de los toros

PEDRO DE RÉPIDE.

COMPLICADO É INGENUO

Es la Muerte la que vuelve á hacernos presente la figura amable y admirable de Rubén Darío. Fué ella la que lo ha traído de nuevo hasta nosotros. Ella nos procura la ocasión de recordarle.

Con este hombre ha desaparecido de la tierra uno de los grandes poetas universales. Y no entendemos como universalización lo que podría mejor llamarse cosmopolitismo. Dentro de lo local y dentro de lo individual manifiéstase la universalidad, y ya hubo quien afirmó que en una biografía se encierra la historia de la Humanidad, Fué universal Rubén Darío, por su comprensión, por

su capacidad de invención, por su sensibilidad. Fué universal como lo son ahora sus contemporáneos Gabriel D'Annunzio, Emilio Verhaeren, Mauricio Maeterlink, Rabrindant Tagore, Guerra Junqueiro, como Juan Maragall lo ha sido. Trató Rubén Darío los vastos temas y los pequeños temas, y en los pequeños temas palpitaba la vida que quería ampliarse hasta lograr todo su desarrollo. Los pequeños temas eran gérmenes de algo superior á ellos, siendo ellos mismos, como en *El arte de ser abuelo*, de Víctor Hugo, parece aniñada la inspiración que ha dictado *La leyenda de los siglos.*

La universalidad es la característica espiritual de Rubén Darío. De otro modo, Rubén Darío permanecería en la clasificación literaria como un poeta más, del cual conocen versos las señoritas soñadoras y al cual admiran los que suponen que un poeta es el espíritu de una raza determinada. Y sucede todo lo contrario.

Y sucede que quien admira á Núñez de Arce, porque se encuentra en él, no admira á Rubén Darío, porque le saca de sí mismo, porque le sugiere como un anhelo de evasión de su propia personalidad, un afán de conquista, de logro de lo desconocido, de excursiones hacia lo que no ha podido ver aún.

La musa de Rubén Darío es dinámica y ambulatoria. Vive en todos los climas, canta en todos los idiomas, ama en todo lugar en que el placer adquiere matices de transcendencia. No es lo pintoresco lo que la atrae, sino la razón de ser de lo pintoresco. Siendo una es múltiple, sus faces son innumerables. Su corazón tiene un latido isócrono con el latido del corazón del mundo.

Al hablar la musa de Rubén Darío, expresándose bien en todas las lenguas, deja advertir siempre un acento extraño; un acento español cuando procede por versículos á lo Watt Withman; un acento francés si habla de cosas de Es-

paña; un dejo inglés si es de asuntos italianos de los que se ocupa. Audaz, cosmopolita, antigua y moderna, es la musa en que reside toda la emoción de lo nuevo con el amor á lo pretérito, á lo que ostenta el prestigio de gloria y de brillantez de los mejores días. Hacia lo que será, con firme arraigo en lo que pasó.

¡Rubén Darío! Su nombre significa toda la revolución ocurrida en la poesía española contemporánea El mismo ha hablado en su libro *Opiniones* de los poetas que vinieron en pos de él: Antonio y Manuel Machado, Ramón Pérez de Ayala, Antonio de Zayas, Juan R. Jiménez, Francisco Villaespesa, Pujol, Nilo Fabra, Andrés González Blanco. Y después, la legión.

Pero donde el arte de versificar, donde las lecciones de rítmica y de rímica encontraron un verdadero discípulo, que es á su vez un maestro, fué en don Ramón del Valle-Inclán, para quien las pa-

labras son algo maleable, capaz de expresar lo que él quiere que expresen. Un libro de versos y sus obras dramáticas, *La marquesa Rosalinda, Voces de Gesta, Cuento de Abril*, lo afirman.

Merced á Rubén Dario, los poetas que iban á continuar la historia de la poesía española no la han continuado. Merced á las enseñanzas del autor de *Prosas profanas*, los que habían de "persistir" han preferido retornar á lo antiguo y soñar con lo futuro. Él ha innovado, creando, como una civilización, una generación de artistas de la lírica.

Robusta, fuerte y consistente es la obra total del poeta que ha muerto. No es preciso recordar títulos ni evocar estrofas. El enunciado del nombre del "liróforo", como él diría, es suficiente. Un nombre en el cual llegan todas las reminiscencias de los aromas campestres más puros y más ingenuos y de los perfumes sutiles más penetrantes producidos por la industria. El arte y el artificio armo-

nizados. La verdad y la bella mentira, confundidas.

Tal fué la norma; tal fué la preceptiva en que el espíritu de este poeta universal cifró sus pensamientos, sus visiones de la realidad, sus deseos y sus intuiciones proféticas.

Su trabajo ha terminado. No hacía falta ni una línea más en él. Ha muerto habiendo cumplido gloriosamente la misión con que los dioses le habían enviado á la tierra.

Como Hugo, como ahora Verhaeren, Maeterlink ó Rabrindanath Tagore, era universal en su estro Rubén Darío; tan universal en las canciones breves, en los madrigales pueriles y candorosos, como en los poemas, en que vibra una inspiración socializadora, cordial y efusiva. Fué un gran poeta al que la Naturaleza le había dotado del divino don. La cultura ha hecho lo demás. La Muerte le ha acercado á nosotros.

BERNARDO G. DE CANDAMO.

LA OBRA DEL MAGO

La obra de Rubén Darío ha sido de neologismo poético: ha naturalizado en España el verbo inspirado y cambiante de musas extranjeras. Garcilaso hizo casi hablar en italiano al español: intentóse en el siglo de oro el latín y hasta el hebreo. El perfecto casticismo sólo existe en el folk-lore. Acaso el castellano está poco influído por los verbos lejanos, y al decir verbo no me refiero á la lista de las palabras, sino al espíritu diverso que las mueve. Lo característico de Rubén Darío es haber sentido la inmensa necesidad de dar al lenguaje de las esculturas una movilidad que consintiese desde el

vuelo arrebatado hasta la pirueta del capricho.

La tradición sería cosa muerta si no reaccionara de continuo bajo la acción de la novedad, sólo corrosiva para las tradiciones ficticias ó caducas. La heroica audacia de Rubén Darío ha sido una magna operación vital en la lengua castellana.

Podrá decirse que la novedad desorienta, pero sólo al mediocre. Y, ¿qué importa el naufragio del mediocre en literatura? En realidad, la pléyade de imitadores cursis y desvencijados de Rubén Darío en la actual literatura, no son argumento contra él, sino su consagración. El genio es siempre cruento, á veces para sí mismo, y siempre para los demás.

Rubén Darío es como un eterno neófito del castellano. Los románticos ingleses fueron italófilos; los alemanes, anglófilos; los franceses, germanófilos. ¿Qué tuvo esto de particular, si los mejores

clásicos del Renacimiento han sido, tal vez, los traductores de las lenguas antiguas? ¡Y los mejores latinos los más griegos! Para escribir en castellano, como en cualquier otro idioma, lo peor es aprenderlo. Compárese el castellano, de Santa Teresa ó el de Rubén Darío con el de D. Antonio Maura.

Rubén Darío ha hecho caer la frontera septentrional de España, que ya algunos catalanes se ocupaban viciosamente en socavar en su extremo oriental. El poeta centro-americano ha articulado en Europa la poesía castellana contemporánea. Junto á la tumba del Mago vemos renovarse la tierra árida. Quisiera que no se me enojasen estos dos grandes poetas de la austeridad española, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, si me atrevo á significar que han nacido begonias en una estepa.

José Carner

COTIDIANAS

Ha muerto Rubén Darío cuando ya declinaba su influencia en la poesía castellana; ha muerto el altísimo poeta de las elegancias decadentes. Ante la catástrofe de Europa, con la que parece iniciarse un período de renovación absoluta, el poeta del europeísmo, del *dilettantismo*, del estetismo, se excluye del mundo, se vuelve al reposo eterno que cantó en versos de oro y de cristal.

La muerte de Rubén Darío motivará densos artículos y elegías; muchos periódicos publicarán su retrato; las revistas literarias dedicarán páginas enteras al comentario de su obra poética; se celebrarán veladas honrando su memoria,

y es posible que en todas las jóvenes Repúblicas de la América española se ostente la bandera á media asta en demostración de duelo nacional. Modestamente dedico yo en recuerdo del poeta de *Azul* las breves y efímeras líneas de una *Cotidiana*.

En Barcelona vivió temporadas largas, buscando alivio para sus quebrantos, bajo nuestro cielo radiante y apacible; aquí estuvo confundido, ó, mejor, apartado de la vida vocinglera de la ciudad, como príncipe viajero á quien ampara el incógnito contra las asechanzas de la publicidad escandalosa. Y apenas fué notada su presencia. Vivimos tan distraídos, tan entregados á la labor cotidiana y á los actos domingueros, propiamente dichos, que aquel gran poeta, encarnación de toda una época de la poesía, verdadero príncipe de las letras, pasó junto á nosotros inadvertido, puestos con esperanza sus ojos tristes de enfermo en el infinito azul...

Pero es que Rubén Darío era un poeta para poetas, y así pudo ser su influencia decisiva y representar una escuela ó una moda, sin haber llegado nunca al corazón del pueblo. Con la fría aristocracia de Leconte de Lisle, entretuvo su inspiración recorriendo todas las literaturas, y poco le interesó la vida más allá de los libros. Coincide con el largo reinado de Rubén Darío la indiferencia del público por los poetas, y sólo con la aparición de Gabriel y Galán, inopinada, vuelve á notarse un estremecimiento vital en la poesía castellana, perdida en divagaciones somnolientas, erudita, refinada, decadente.

El fracaso de Europa es el fracaso del europeísmo uniforme, que representó Rubén Darío en su manifestación poética. Los poetas son el producto sentimental de los pueblos, y lo que hubo de malo en la influencia de Rubén Darío fué que, siendo el autor de *Prosas profanas* hijo de América, donde las nacio-

nalidades carecen de tradiciones por lo mismo que son jóvenes, creó una especie de turismo literario, muy interesante, muy ameno; pero donde faltaba el calor del hogar, trascendiendo todo á fonda, á ferrocarril y á *cicerone*.

Y se entiende que si no hubiese sido Rubén Darío un gran poeta, á la vez elegante y nómada, ni le habrían seguido los demás ni habría interesado á nadie. Bien está su poesía en él y mal en los otros, que al fin él fué sincero á su manera.

Su muerte, acaecida en estos momentos de tribulación y de revuelta mundiales, parece rodearse de un extraño simbolismo. Y, no obstante, pase lo que pase, el poeta no será olvidado.

ARIEL

APUNTE

Los retratos de los grandes hombres son siempre un poco desilusionados. A buen seguro que las románticas muchachas que alguna vez, hojeando los libros de Rubén, hayan tropezado con aquella exquisita "Sonatina" en que cantó el poeta la tristeza de una princesita soñadora, en todo habrán pensado, sin duda, menos en un bardo de cara abultada, de boca carnosa y rasgada y de nariz india. Y, sin embargo, así era el cantor de aquella pálida princesa. Al frente de este libro le tenéis, no como era al morir, sino mucho tiempo antes, cuando su numen creador y magnífico concibió aque-

llos versos tan sutiles que parecían hechos para leídos en la soledad, lejos de todo mundanal ruido, por el temor de que un rumor cualquiera los quebrase de puro delicados.

Ya no existe el poeta de los gentiles atrevimientos. Como él dijera al hablar de la princesa triste:

«está mudo el teclado de su clave sonoro»,

y su melena de bohemio ha caído para símpre sobre su frente; llena de blanca serenidad y cubierta de paz. Sobre su memoria han comenzado á posarse los primeros elogios. Pero estos elogios tienen forzosamente que parecer desmayados á todos los que conocieron al poeta y amaron sus versos. Las biografías tienen como caracteristica la frialdad. ¿Qué importa saber dónde nació un hombre como éste? ¿Qué interés puede añadir á su obra el conocimiento de su vida política? ¿Qué deseo puede nadie sentir por penetrar en su carrera diplomática, ni

por conocer sus días de periodista, ni por saber la edad que tenía cuando vino á España por primera vez? Lo único de positivo interés es su espíritu, es decir, sus versos.

Rubén Darío señala en la historia de la poesía castellana un momento de sorpresa, tan grande que aún no han salido de ella muchos. Teníamos demasiado cerca la influencia de nuestros poetas románticos; estábamos demasiado acostumbrados á la música fácil y grata de Zorrilla para que aceptáramos sin protesta la aparición de unas nuevas formas no exentas de musicalidad, pero de una musicalidad extraña, inaudita, arbitraria. Rubén Darío, como sucesor de Campoamor, era algo tan desconcertante, en cuanto al modo de expresión, como escuchar por primera vez un cuarteto de Frank inmediatamente después del brindis de *Marina*. Para el poeta acaso fuera esto incomprensible. A él le había enseñado el camino Verlaine, el admirable

lírico francés. Mas para la casi totalidad de los españoles la senda ignorada les hacía dibujar un gesto de desconfianza, primero, y de burla, después. Pero el poeta no había adoptado por capricho la postura innovadora. Vió en las nuevas formas de versificación una depuración del arte exquisito y la siguió con la religiosidad de un creyente y la rindió público culto con la devoción de un artista. Si algo malo hizo Rubén en esta vida fué crear una escuela que murió con él, sin que la divina semilla plantada fuera de su huerto, diera otros frutos que poesías sin espíritu, llenas de cosas lamentables. ¿Cuál de sus discípulos, mejor dicho, de sus imitadores, sería si no, capaz de rezar la merecida letanía del maestro?

¡Oh, pobre princesa soñadora! Ya no cantará más el poeta tus líricos suspiros, ni tus risas perdidas, ni tus bellos ensueños, ni tus palideces de azucena. Ya ha muerto tu poeta y habrá recibido á estas horas el abrazo fraternal de Verlaine y

de Mallarmé. "Ella"—como llamó siempre el autor de *Prosas profanas* á la muerte—ha descendido hasta Rubén y ha puesto en sus labios yertos el beso de la paz eterna...

J. Barrio y Bravo.

POETA Y TROVADOR

I

In memorian.

Contadas horas después de su tránsito, es aún prematuro aventurar un ensayo crítico sobre este poeta. Rendirle el homenaje póstumo y funeral de unas cuantas flores sentimentales nos parece menguada ofrenda para un hombre cuyo atributo más señalado es la inmortalidad. Por eso le hemos amado y reverenciádo y han de continuar amándole y reverenciándole las generaciones venideras. En Rubén Darío hemos visto siempre al hombre inmortal. Su muerte física no ha sido sino tránsito desde la vida del ágora á la vida olímpica, asunción á la región serena en donde la corona pre-

sunta se trueca en gloria inmarcesible. El decoro nos veda derramar sobre su tumba lágrimas y flores de dolor, que el tiempo marchita y consume. En la flora espiritual, las siemprevivas no nacen del corazón, sino del entendimiento, bien que sus últimas raicillas se alimentan de sangre. El dolor es efímero; la idea es incorruptible.

Nuestra ofrenda es un manojo de ideas, muchas de ellas en capullo, arrancadas á este propósito, sin habernos detenido fríamente á concertarlas á modo de guirnalda ó corona.

No vacilamos en afirmar que Rubén Darío es el poeta más musical y el trovador más poético de cuantos han cantado en lengua castellana. No es hora ésta de argumentos ni demostraciones.

Todas las cosas del cielo y de la tierra.

Es harto común confundir poeta con trovador ó versificador, cual si el verso

llevase aparejada consigo la poesía, como el cuerpo el volumen. Y sin embargo, no hay distinción sustancial entre la poesía y la prosa. Hay tan sólo distinción formal entre el verso ó lenguaje convencionalmente medido y la prosa ó lenguaje en que, aunque medido, el número no se ajusta á medida *regulares* (1). Nuestro Juan de la Encina escribe á este respecto: "Según es común uso de hablar en nuestra lengua, al trovador llaman poeta y al poeta trovador. Mas á mí me parece que cuanta diferencia hay entre músico y cantor, entre geómetra y pedrero, tanta debe haber entre poeta y trovador. Boecio nos enseña que el músico contempla en la especulación de la música y el cantor es oficial de ella. Esto mismo es entre el geómetra y pedrero y poeta y trovador". De manera que, lo

(1) «Y no se espante ninguno porque dije que la prosa tiene su medida, porque es cierto que la tiene, es aún por ventura muy más estrecha que la del verso.« Gramática castellana, del maestro Antonio de Nebrija.

primero, ser de verdad poeta; y para serlo no basta escribir en verso. Pero, ¿cómo será el poeta? Shelley *(A Defence of Poetry,* escrita en 1821, publicada en 1840) piensa que: "Un poeta participa en lo eterno, lo infinito, en la Unidad. En cuanto se refiere á sus concepciones, tiempo, espacio y pluralidad no existen". Ante todo, el concepto de la Unidad. La poesía es precisamente lo contrario de la filosofía de aquel amigo de Hamlet; en la cual no cabían muchas cosas del cielo y de la tierra. Poesía es la filosofía más fina y cabal. "Platón y Bacon fueron poetas, grandes poetas". (Shelley.) La poesía abarca el universo en su unidad. Por eso es una entidad universal. Es cosa interna y profunda, no meramente superficial; es substancial, no circunstancial; es contenido, no envase. Por eso, al trasegarse de un idioma en otro no se disipa, degenera, ni merma, y siendo señaladamente apta para la traducción, en este senttdo, es también uni-

versal. Si la poesía verdadera fuera intraducible, ¿cómo explicar que la Biblia sea considerada en todos los pueblos y en todas las edades como el libro más poético? En ambos sentidos, Rubén Darío es poeta.

Las lindes últimas.

Nada vale decir que es poeta. ¿Cómo lo hemos de conocer? Todos los hombres en cierto grado, somos universales. Mas para serlo en un grado heroico y poético no basta colocarse frente al universo y tener, en alguna manera, conciencia de él. Es fuerza abarcarlo, aprehenderlo, extraerle la sustancia y circunscribir dentro de un breve perímetro en donde luego todos los demás mortales lo pueden abarcar, aprehender y penetrar. Hasta ahora, los grandes poetas no han hallado otra forma más sucinta y condensada de contener el universo que un triángulo cuyos tres

lados se llaman Amor, Muerte, Dios. Sabréis si el poeta es verdadero poeta cuando en sus creaciones se reiteran en todo momento estos tres temas y cuan- el reino de su fantasía está cercado por esas tres lindes, más allá de las cuales se extiende la sombra. Y á veces el poeta se asoma á las últimas lindes, como Edgardo, como Rubén.

Divina fantasía y fantasía de bajo rango.

Hemos hablado de fantasía poética. ¿Qué es, en el poeta, la fantasía? Responderemos someramente que la facultad de ver en las cosas lo sustancial y originario. El poeta se halla, por ejemplo, ante un edificio, una vivienda. La fantasía del poeta comienza á elaborar formas exaltadas de aquello que los ojos están contemplando, hasta engendrar una visión distinta de la realidad externa, distinta sin dejar de ser la realidad

y al propio tiempo su más íntima interpretación, así como el vino es distinto de la uva. ¿Cómo diferenciaremos la fantasía del poeta de cualquiera otro linaje de fantasía? He aquí que por virtud de la fantasía de quien la contempla la casa se convierte, de una casa de tres pisos que era, en una casa de cuarenta pisos, ó en un palacio. ¿Será esta fantasía de poeta? No, sino fantasía de casero, ó de maestro de obras, ó de arquitecto; fantasía práctica ó fantasía científica, que ante la cosa presente incuba deseos utilitarios ó desentraña futuras posibilidades. La fantasía práctica y la fantasía científica operan trasmutando ó deformando la cosa de donde han recibido el estímulo. Añadir treinta pisos á una casa no es exaltarla, sino suprimirla ó sustituirla por otra casa. En cambio, la fantasía poética no suprime ni sustituye la realidad externa; la exalta en sí misma, escudriña y descubre su esencia y razón de ser. Será fantasía poética, pongamos por

caso, la que, adivinando y comprendiendo en la casa su calidad sustancial de vivienda, abrigaño y cobijo de pobres vidas humanas, adonde se acogen, como á seguro, de las asechanzas y afanes del mundo, ve y experimenta, como de presente, la emoción y sabroso pasmo del primer hombre que por primera vez gustó el beneficio de la techumbre y vislumbró el rudimento del hogar y de la familia, ó se imagina la casa que tiene ante sí como caverna por donde van transitando dolores, alegrías, incertidumbres, entusiasmos, procesión de seres que no dejan nada constante de su paso, sombras que resbalan sobre el muro.

Hay hoy en España un buen acopio de versificadores (ruines versificadores) que gozan nombradía de poetas, cuya fantasía, de jaez eminentemente plebeyo y antipoético, consiste en describrir el estuco como mármol, la patrona como princesa, el pato como cisne. Como si el es-

tuco, la patrona y el pato no tuvieran también su poesía peculiar. Todas las cosas son igualmente poéticas. Ó mejor dicho: para el poeta todas las cosas son igualmente poéticas.

La familiaridad.

Y es que junto al error común de confundir en lo atañedero á las personas, poeta y trovador, existe el de separar las cosas en cosas poéticas y cosas no poéticas, entendiendo por no poéticas las cosas cotidianas, usuales, comunes, en una palabra, las cosas *familiares*, y por poéticas las cosas insólitas ó nunca vistas. Y no es así.

"La poesía descorre el velo de familiaridad que empaña el mundo sensible y de esta suerte nos hace ver objetos familiares como si no fueran familiares". (Shelley). La rutina, la familiaridad árida y fría empaña el mundo, pero también empaña el corazón y el entendi-

miento. Tres velos debe descorrer el poeta. Ha de destruir la familiaridad en tres ataques. Por la familiaridad, la costumbre sustituye ó hace veces de amor: este es el velo del corazón. En habiéndolo apartado, todas las cosas serán amables. Por la familiaridad, todas las cosas se nos aparecen como necesarias y permanentes: este es el velo del entendimiento. Descorriéndolo, se nos aparece la muerte dominando al amor y á la vida, con lo cual todas las cosas nos serán doblemente amables por ser perecederas. Por último, la familiaridad con las cosas del mundo nos han encallecido los sentidos para su hermosura y significación y sólo echamos de ver en ellas la fealdad, la arbitrariedad, la ciega y desordenada fatalidad, la sordidez, con que agudamente nos hieren á causa del doble amor que les tenemos, ya purificados corazón y entendimiento. Este es el último velo. Desgarrémoslo. Detrás de él está Dios. Y el mundo se transfigura

y serena, es lo que fué en su origen; *mundo*, que vale tanto como belleza, pulcritud y orden; *universo*, todo convergiendo á Uno, la palabra fecunda, el *verbo*, melodioso, armonioso y preñado de sentido eterno como un verso solo y único. "La poesía nos hace moradores de un mundo en cuyo parangón el mundo familiar es un caos. Un mundo de maravilla". (Shelley). Todas las cosas, sin dejar de ser como son, se nos parecerán en su representación sustancial y virginidad originaria. Reviviremos los génesis, viviremos las mitologías y asistiremos á la metamorfosis.

Sin duda esto es la poesía y así debe ser el poeta. Pero ¿en dónde hallarlo así? Era menester amasar un nuevo Adam, de barro rojo y cordial, y sacarle á la conciencia en un país mozo y fabuloso, bajo un sol tan robusto como si estuviera recién encendido, y ponerle una pupila deslumbrada y enorme, apta para absorber la maravilla terrena y la

infinidad cósmica, y encerrar en su garganta el don de la melodía y en sus nervios la virtud armoniosa como en las cuerdas de la lira, y hacerle muy antiguo y muy moderno, y audaz y cosmopolita, é infundirle en el rojo barro de su carne una sed infinita de ilusiones: Rubén Darío.

II

Hemos hablado del poeta. Hablemos ahora del trovador. Ó, para usar términos corrientes, habiendo esbozado unas ideas sobre el fondo de la obra de Rubén Darío, nos queda tratar de la forma.

Tocaremos de pasada algunos principios del arte de trovar. Habíamos aceptado la poesía como lo esencialmente universal; por ende, lo traducible por antonomasia. Veamos de separar en el poeta lo poético de lo trovadoresco é insinuar hasta qué punto alcanzó Rubén Darío la doctrina de trovar.

La palabra y el sonido.

Cuando leemos una poesía que por entero nos place, recibimos la impresión de que aquello que allí se dice sólo pudiera expresarse precisamente con aquellas mismas palabras y puestas en aquel orden único en que están, que no parece sino que pensamiento, sentimiento y expresión nacieron á un tiempo y para no desabrazarse jamás. En suma, nos sentimos inclinados á pensar que una obra poética no logra su belleza máxima ni su máxima emoción sino en el idioma en que fué escrita. De este sentir fué Cervantes, quien consideraba que por mucho cuidado que se ponga y habilidad que se tenga, nunca las poesías traducidas llegan al punto que tuvieron en su primer nacimiento. También Shelley advertía que la rémora y mal sino de la poesía consiste en que no puede trasladarse de uno á otro idioma. ¿Será esto

verdad? La respuesta merece alguna meditación.

Si es cierto—que sin duda lo es—que una poesía traducida ha perdido algo, no es menos cierto que una poesia original leída con el pensamiento y sin ayuda de la voz, también ha perdido algo. Es igualmente cierto que, aun leída en voz alta, cierta poesía pierde algo que le es propio; tal es el caso de aquella poesía popular ó erudita que nació ó fué compuesta para ser cantada. Hemos ya establecido con esto una jerarquía que va de la poesía cantada á la poesía traducida. La poesía es sustancialmente ella misma; pero en su manifestación sensible ha ido despojándose de ciertas galas de belleza y de emoción. Pues estas galas corresponden al arte del trovar, el cual, si bien le conviene como nobilísimo decoro y ornamento á la poesia, es diferente é independiente de ella. Porque ¿qué ha perdido la poesía al dejar de ser cantada para ser recitada, y luego al pasar á

ser leída en silencio y por último al trasegarse en otra lengua? Ha ido perdiendo musicalidad.

Poesía, música y danza fueron como hermanas mellizas. Juntas vinieron á la vida y asidas todas tres de la mano vivieron luengas edades. Las primeras en emanciparse la una de la otra fueron la poesía de la danza y la danza de la poesía; pero cada cual por su lado perseveraron en la compañía de su hermana la música. En un principio los hombres no podían concebir que llegase un tiempo en que la poesía viviese por sí, libre de la sonora tutela de la lira y que llegase á haber poesía no cantada ni recitada siquiera sino sólo leída. Mucho menos podían columbrar que, despojada de todo atayío musical—del canto y hasta del metro—la casta y desnuda poesía fuese igualmente bella y amable. Denominamos todavía un orden de poesía, "poesía lírica" en recuerdo de la lira con que se acompañaba en su infancia.

Trovador, pues, vale tanto como músico; y arte de trovar no es sino el arte de la música aplicado á la poesía al modo de acompañamiento ó realce. Así dice Juan de la Encina: "Sant Agostino escribió seis libros intitulados *Música*, en los cuales seis libros trata de los géneros de versos y de cuántos pies consta cada verso y cada pie de cuántas sílabas."

Cuando Cervantes, Shelley y cuantos les siguen en esa opinión, sostienen que la poesía no admite traducción no se han detenido á desglosar la poesía de la música verbal ó trova con que ha sido acompañada en su primer alumbramiento. La poesía, como el oro, tiene la misma ley y valor unánime en todas partes. Lo que cambia es el cuño. La poesía reencarna de unas en otras lenguas, sin ningún menoscabo. En cuanto á la trova, que es música, no hay para qué hablar de traducción. Se dice traducir, ó trasladar, ó verter una poesía porque la esencia poética está encerrada en palabras, de don-

de hay que extraerla para infundirla en otras distintas, de manera que subsiste la poesía pero en distinto vaso. No se dice trasladar una trova, porque no es menester, puesto que la música no tiene sentido sino ritmo, no está contenida en palabras ni de ellas necesita, sino que está incorporada en sonido. Para la trova, el verso y las palabras que lo componen han perdido su oficio habitual y menester cotidiano de significar cosas y se han trocado en una sucesión de timbres musicales, en sonoridad al modo de una modulación ó de un canto. Y siendo esto así, la musicalidad de una trova no exige ser traducida, porque para percibirla y gustarla no hace falta saber el idioma originario; basta con conocer su prosodia.

Yo de mí sé decir que antes de entender algunos idiomas que ahora entiendo, acostumbraba leer en voz altasus trovas, y de ello recibía sutilísimo deleite y no escasa emoción. E iba yo pensando, se-

gún leía: "Es muy posible que estos trovadores no sean ni pizca poetas y ¿no digan sino majaderías, como ocurre con algunos trovadores españoles contemporáneos; pero no hay duda que poseen la virtud musical y son más hábiles en el arte de trovar que los susodichos trovadores indígenas de Castilla." De las más de las poesías de Rubén Darío se puede asegurar que dondequiera que se reciten han de cautivar como una música encantada, aun cuando no las comprendan quienes las están oyendo.

En todo tiempo ha habido un tipo de trovadores, meros trovadores desamparados del numen poético, cuyos cánticos, trovas y composiciones se hallaba al exprimirlos que no escondían sustancia alguna. Pero estos trovadores, sin otro don natural que cierta industria é ingenio en el artificio de la métrica, si no eran poetas al par que trovadores, no era por designio, sino por desgracia y poquedad. En el trovar no se sospechaba el arte

por el arte, la pura musicalidad. Se suponía que el arte de trovar era un medio, el más agudo, exquisito, tierno y penetrativo de expresar y comunicar conceptos y afectos. De suerte que, si había meros trovadores (en términos más llanos, "poetas hueros") era contra su gusto y propósito. Estaban aun harto hermanadas la poesía y la música. Pero en estos últimos tiempos el arte de trovar ha llegado á extremos de tanta madurez y complejidad, que los trovadores modernos, en ocasiones y á sabiendas, han manejado el idioma, no como una summa ó repertorio de las cosas del mundo exterior y del interior, sino como un instrumento de innumerables cuerdas; no como un conjunto de palabras, sino como un conjunto de sonidos, recabando para la retórica emociones y sensaciones estéticas que parecían estarle reservadas á la música pura. A este linaje de obras pertenecen algunos de los poemas de Rubén Darío. Al propio tiempo, sólo

en los tiempos modernos la poesía ha entrado en la plenitud consciente de su autonomía, como realidad aparte de la música, bien que en veces y por conveniencia se le empareje. Hasta ahora, cuando un poeta cometía una de esas faltas contra la preceptiva, que es el código del arte de trovar, era por torpeza ó desidia, que no por propia voluntad.

Mas ahora la poesía usa del arte de trovar en la medida que le acomoda ó no usa en ningún caso. Y así se ha verificado el advenimiento de una especie moderna de poeta, que cuando lo ha menester en absoluto se exime del metro y de la rima. También á este linaje de obras pertenecen algunos poemas de Rubén Darío.

En cuanto á la métrica de Rubén Darío, su estudio exigiría demasiado espacio. Baste decir que no hay metro alguno de los empleados en la poesía castellana, desde sus orígenes, que Rubén

Darío no haya conocido en su más secreto mecanismo y tratado en consecuencia con peregrina gracia é insuperable maestría.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

RECUERDO DE UN HOMENAJE

LOS FUNERALES DEL BUEN RETIRO

—Mañana, á las tres y media, en el Museo de Reproducciones—, me dijo González Olmedilla, persona loca y poeta cuerdo, cierto sábado del desequilibrado mes de Febrero.

Como no articuló una palabra más, ni me dió tiempo á inquirirle el objeto de su deseo, yo me dí á cavilar, probablemente, con la intención fantástica de que algún diablillo invisible me descubriese el misterio de la cita dada por Olmedilla.

El diablo, como supondréis, no me favoreció. Y no me indigné contra él. Reconozco que es un inexorable demócra-

ta, lo suficiente para que mi admiración le sea propicia.

Cuando nos vemos encarcelados en la tupida red de algún misterio, clamamos, con los nervios y con el alma, por la espontánea presencia del *diablillo invisible*, para que él—desconocido bienhechor que nunca llega—nos descubra lo que queremos, devolviéndonos á la absurda vida deliciosa de la despreocupación. Pero, á nadie atiende.

He aquí su excelsa democracia. Claro es, que la mayoría de los misterios humanos, tienen, como los hombres, su *juicio final*; es decir, dejan de ser misterios para convertirse en algo vulgar y público; pero no es aquel diablillo precisamente quien los desenmascara, sino el verdadero enemigo de todos los misterios, enemigo que conocemos por el clarísimo nombre de "realidad concreta", omnipotente signo-dios de la madre Natura. Cuando éste presenta su gesto austero y descarnado, no queda en el am-

plio cielo psicológico ni rastro de la nube más tenue. Y él fué —el signo-dios de la madre Naturaleza—, quién al día siguiente en que acudí á la cita del "poeta cuerdo y persona loca", devolvió á mi espíritu su quietud perdida.

¡Domingo! Y para que en el corazón de las gentes hubiese también fiesta, el sol, desde su trono excelso, derramaba su oro entre oleadas mansas de brisas primaverales. Era un día de luz en que las alegrías íntimas y las ambiciones del vivir se encuentran, se trenzan, se unen y se colocan el anillo nupcial de las bodas soñadas...

Hacia el Museo de Reproducciones enderecé mis pasos. Dominábame la idea de que iba á ser espectador de una locura. Y esto me hacía andar de prisa. Desde tiempo ha, siento por las locuras cierta recóndita adoración. Se que hay locuras fatales; pero en cambio hay otras encantadoras que me seducen. Se me ma-

nifiestan como la más genuina representación del mundo. Porque el mundo no es sino un loco de atar; acaso un manicomio para el que no ha nacido un cancerbero..., lo que me importa poco. Sólo me interesa cuanto aletea y se estremece dentro del propio inmenso manicomio. De aquí que sus locuras encantadoras, las locuras que ríen y hacen reir, las que son gloriosas porque, viviendo, se engrandecen, las que brotan del alma fuerte, con explosiones de felices ingenuidades, me enamoren y me seduzcan...

Penetré en el Museo. En el vestíbulo, una mano amiga me saluda. Es González Olmedilla, que me conduce á la nave central. Me enseña unos maravillosos ejemplares de poesías del nunca poeta muerto Rubén Darío y me presenta á unos amigos, pero sin revelarme aún el objeto de la reunión. Recorremos casi todo el Museo, extasiando nuestros sentidos y elevando el alma en la contemplación de las múltiples maravillas es-

cultóricas esparcidas por los vastos salones. Son instantes de grandeza sobrehumana. En ningún otro momento siente el corazón el ansia de ser grande como en el que se está en presencia de una obra prócer. Cuando tornamos á la nave central, allí donde los dioscóbolos inmortales y la eterna Victoria de samotracia, sobre todas las demás maravillas, erigen los trazos valientes de sus locas bellezas, encontramos otros amigos.

Nos reuníamos ya una veintena. Y el *faunesco* Olmedilla, advierte:

—Hay que comenzar la lectura.

Asienten los que no ignoran lo que se iba á hacer, callamos los demás y todos formamos un círculo al pie de la enorme Victoria, egregia, magníficamente bella. Diríase que el navegante de alas gigantescas, enterado del sentido íntimo de nuestro acto, nos mostraba sn pecho —el más glorioso de los poemas épicos — como alentándonos á enaltecer cuanto Naturaleza hizo sublime.

"El pobre Juan", con palabra indecisa, pero sincera y expresiva, nos advirtió que se iban á leer poesías del inmortal Rubén, en homenaje á su eterna memoria. Terminada la lectura aquélla, se darían otras en distintos lugares del Retiro. No se pretendía sino exteriorizar de una manera libre y anónima, la admiración que por el poeta tan hondamente sentíamos los allí congregados.

¡Supe, al fin, la locura!... Y al sólo anuncio de ella, se recogió mi espíritu, La espontánea impresión que recibí, fué, en verdad, sincera, fuerte y honda. Espiritualmente me ausenté del salón. Aquel responso tan pueril, aquel inocente funeral tenía todo el dolor angustioso de un corazón de novia herido sin acero. Embriagado en religioso sentimentalismo, me dispuse á presenciar cuanto hicieran los jóvenes artistas, sacerdotes de aquel íntimo responso. Olmedilla, primero; Alfonso Camín, Mauricio Bacarisse, Sinesio García-Fernández, Uriarte

de Pujana, José Escudé, luego, leyeron composiciones de Rubén Darío. El acto, en este sitio, no tuvo la aprobación entusiasta que merecía. El auditorio era de los que otros llamarían escogido, el peor de los auditorios cuando lo que se le regala hay que juzgarlo con el corazón y no con el cerebro. El cerebro es tan inútil en ciertos momentos de la vida, como el corazón en otros. El saber humano consiste en conseguir que cada cual funcione en el momento adecuado, en encajar cada uno en su propio marco. Y esta función alterna de inteligencia y sentimiento escaseaba allí... Así, no nos fué difícil sorprender gestos agrios y sonrisas necias rubricando aquel acto como si bubiese sido una pantomima grotesca, idiota. ¿Quién es, sin embargo, el idiota, sino el que dibuja una sonrisa de indiferencia, allí donde hay que dibujarla con respeto y cariño? ¡Pobres cerebros los que no funcionan oyendo al corazón!

Asaltamos en silencio el *parterre* del Retiro, donde habría de celebrarse la segunda parte del Responso... Las gentes nos miraban con recelo, sonriendo burlonamente. La indumentaria extraña de algunos del cortejo hacía reir. Las gentes quieren que las gloriosas melenas de Espronceda y Bécquer, hoy no se luzcan. Lo creen ridículo y se ríen... ¡Pobres chambergos, pobres melenas, pobres chalinas!... Los gustos de estos tiempos se mofan de vuestra estética... Pero, sed rebeldes. Después de todo, uno de los encantos de las almas fuertes es ése—la santa rebeldía...

El *parterre*, lleno de sol, envuelto en tibio ambiente, regocijado de risas infantiles, congestionado de sonrisas pícaras, saturado todo él de vida grata y amable, resplandecía como un pabellón de fiesta, en que los goces íntimos se confunden bajo un desbordamiento de perfumes humanos. Nadie sabía cómo reunir la gente diseminada, para que todos oyesen

el verbo de Rubén Darío. El trance era difícil. Ya habíamos oído frases poco halagüeñas. Nos decían "poetas", como un insulto. Y los epítetos de "chiflados" y "locos" tampoco escaseaban. Pero entre nosotros alguien habría que se sobrepusiese á la indecisión reinante, y este fué el audaz Olmedilla. Su admiración por Rubén, estaba por encima de todos los ridículos miramientos sociales, y era forzoso demostrarlo. En la gradería de una estatua, frente á un paseo de olmos desnudos, con palabras suaves y gestos cariñosos, requirió la presencia de cuantos niños jugueteaban encantados por el *parterre* magnífico. Acudieron las deliciosas criaturas dando saltos, atropellándose unos á otros, y formaron un corro bullicioso y riente. Detrás de ellos, algunos adultos acercáronse al corro, atraídos sin duda, por la novedad del espectáculo; y sonreían grotescamente, mientras que en las pupilas de los niños vibraba una pregunta: "¿para qué nos llaman?..." Y

respondió el organizador: "Para leeros versos de un poeta que ha muerto, de un poeta que os quiso mucho y dijo de vosotros cosas encantadoras. Amadle: Se llamaba Rubén Dario." Y las manecitas blandas se unian palmoteando en una explosión de gratitud...

Silenciosos, boquiabiertos, adormidos en éxtasis de fascinación leda, como si oyesen el rezo santo que musitan las madres para dejarlos entregados al sueño, escuchaban las hermosas estrofas del poeta. ¡Funeral más sentido no se da en la tierra! El alma-niño es alma cumbre allí donde el sentimiento la recoge.

Estos momentos de emoción profunda, fueron sellados con sello de oro por una paradójica exclamación sincera y elocuente de los niños: ¡Viva Rubén!...

Y acaso éste apartaba la losa de su tumba para enviarles su gratitud en un sagrado madrigal hecho de besos...

Diéronse dos lecturas más. Una frente

al Estanque Grande, la última al pie del monumento á Campoamor. En la primera de estas dos hubo de todo; gente que reía y gente que callaba, cerebros burlescos y corazones comprensivos. Aquéllos se esparcieron, se apartaron, olvidándose de nosotros; los últimos, éstos, nos siguieron atentos, extrañados, sí, pero ebrios de sano regocijo hasta la estatua del viejo poeta, sitio elegido para dar por terminado el responso á Rubén...

Se ocultaba el sol en el oro voluptuoso de su ocaso. Por entre las frondas del parque gentileaban puntos de luz, dorados y rientes, luminosos y bellos, como ensueños de novias, como versos divinos del eterno Darío... La hora decía rondeles de amor. Flotaba entre nosotros el sentimiento de un silencio pagano, saturado de grandeza, de gratitud y ternura. ¡Qué instantes más bellos! Dos criaturas morenas, gratas como mieles, sensitivas como oraciones, débiles como una lágrima, con ojeras de lirios, labios de guin-

das y belleza de vírgenes, nos sonreían... Eran sus sonrisas un dulce amanecer en aquel frío crepúsculo de la tarde lánguida, dorada y misteriosa... En el silencio augusto las estrofas más bellas de Rubén entraron hasta el rincón más íntimo de nuestras almas. Ni uno que riese y nos creyera chiflados y petulantes. Al unísono, sentíase la admiración hacia el poeta, cuya muerte desconsoladora motivaba aquel acto pueril, sincero y sublime á un tiempo.

—"¡Gloria á Rubén!"—gritamos todos, con voz del corazón, y terminó el responso...

Nos felicitaron unos extranjeros... Las nenas morenas, sentimentales como quimeras tristes, tenían en sus párpados, perlas temblorosas, dos lágrimas... El sol, como inmensa ascua redonda, exhalaba su postrimer suspiro de luz y encantamiento. Diríase que la tarde se despedía recitando una estrofa del poeta excelso, del poeta único.

Con sencillez peculiar en mí, toscamente si queréis, he pretendido describir cuanto hube de presenciar cierta espléndida tarde en homenaje á la memoria del inmortal Rubén. González Olmedilla, conocedor de mi admiración por el poeta único, perdido para siempre aunque su alma-cumbre flote en la inmensidad entre sus versos majestuosos, me pidió unas cuartillas para el libro presente relatando aquellos funerales; cuartillas que he escrito en recuerdo del responso encantador, bajo los árboles del Buen Retiro, aquel día en que mi alma jóven sintió, gozó las emociones más profundas de su vida...

José Téllez Moreno.

EL APOLONIDA

EL APOLONIDA

Retratos.

Jamás vi á Rubén Darío personalmente. Aún no había yo venido á este dolor de vivir, y ya él había escrito algunos de sus mejores poemas. Cuando dejé de publicar en Sevilla la revista literaria *Andalucía*—en torno á la cual se agrupó, para dar fe de vida, la juventud del actual renacimiento hispalense—, en la primavera de 1912 decidí, con mi familia, trasladarnos á este Madrid de nuestros pecados. Sabía yo, por la prensa y por cartas de amigos, que Rubén se hallaba en la Corte. Fué entonces cuando se le rindió un cordial homenaje de admira-

ción y cariño en el Ateneo. Y fué entonces también, cuando yo deseé más vehementemente conocer *tête á tête* al Rey Mago dueño de las góndolas, las liras y los cisnes. Pero, por múltiples accidentes é incidentes, no pude arribar á Madrid á tiempo para ver de cerca al Hombre. Cuando abandoné las encantadas márgenes del Betis, Rubén ya había partido... para no volver. Y aguardé, resignado, á buscarle en París algún día...

Hoy no me pesa ignorar su figura. Tengo sus versos. Aun cuando es verdad que todo ser amado nos atrae fatalmente, haciéndonos desear conocerle, hablar con él, tratarle—todo por ver si conseguimos desentrañar de su persona la esencia de lo que en él amamos—, no es menos cierto que á veces—casi siempre—la decepción es dolorosa. "Primer viaje, primera mentira", ha dicho Alfonso Daudet. ¡Cuán exacto! Toledo, Granada, no son, una vez recorridas, las soñadas ciudades. París, Venecia, la India... no

serán, de seguro, después de descubiertas por nuestros ojos, la luminosa Villa del Amor y el Genio, ni la bella durmiente Señoría de los lagos lunados, ni la maravillosa y deslumbrante Selva sagrada de los rajahs constelados de brillantes que, sobre los fuertes elefantes hindús, sueñan con ideales bayaderas...

Varios retratos he logrado reunir del poeta. He visto muchos. De todos ellos, el que más clara emoción de su persona me ha dado, fué uno—borroso ya por la labor del minuto y el prodigio del año—en que aparece escoltado por un centenar de amigos suyos leoneses. Una flora exuberante—bajo el nicaragüense sol—surcada por un senderito, en cuyo primer término, vestido de claro, con una flor en la solapa, está Rubén. Mujeres y hombres, niños y adultos le acompañan. Parecen estar de jira. Y por la actitud resignada é indiferente de protagonista del poeta, la excursión debe haberse organizado en honor suyo. Muestra en su

gesto, en su ademán, en toda su figura un amor á los seres y á la tierra, un cansancio, una lejanía del pensamiento que viaja á Citeres, que en verdad conmueve contemplarle.

De los retratos que poseo, el más antiguo y, por consiguiente, en donde está más joven, es el de Ross, publicado al frente de *Los Raros*. De veintiséis á treinta años. La cabellera fuerte, peinada hacia atrás. La frente despejada y serena. La nariz sensual y ávida. Un mostacho correctamente cuidado. Labios de besador, de *gourmet*, de *gourmand*... Una barba tardía, de adolescente que se resistió largo tiempo á ser hombre. Aunque vestido á la europea, severo y hasta elegante, con su gran nudo en la corbata cándida, y su florecilla sobre la americana, en este retrato todavía conserva Rubén su primitivo empaque de indio bravo, de nagrandano amante del celeste sol sonoro—la inmensidad á través de los sentidos—; las pupilas ornitomorfas

que la visión de otros países y el contacto con otras razas han ido humanizando, miran con firmeza de sacerdote convencido de su misión, hacia un porvenir que sólo él conoce. Su rostro trasciende bondad, y dulzura, y fe. Pero todo como en un rito. Es aquí el autor de *Azul...*, cantor de los tigres, de las garzas blancas y las garzas morenas, del oro y de los rubíes. Y es, en potencia, el el *vas spirituale* para los futuros *Cantos de vida y esperanza*.

Dos retratos de Kaulak—el que aparece en *La vida de Rubén Darío*, y otro de la misma época—nos le muestran en bizarro porte de ministro de Nicaragua en España. La corrección impecable con que viste el uniforme, dice bien del diplomático. El cabello, más corto que en *Los Raros* y desenfadadamente despeinado, dejando ver el amplio escudo frontal y la mirada audaz, cosmopolita, muy antigua y muy moderna y, sobre todo, soñadora, hablan del hijo dilecto de Apolo.

La mano que pobló de ensueños la página blanca,

> en vez de cetro real, sostiene apenas
> con desmayo galán, un guante de ante...

Hay una fotografía en que aparece con un bigote hirsuto, recortado á la inglesa. Con su aspecto de foca y su indumentaria de banquero, nos da aquí la más exacta sensación del poeta civil que imprecó á Roosevelt, que saludó al rey Oscar, que predijo, optimista, la hora gloriosa á las ínclitas razas ubérrimas, hijas de Hispania. Wisky, sleeping-car, New-York... Muy moderno.

Retratos he visto en que se acentúa notablemente el noble y geórgico ceño de buey crepuscular que debió tener el poeta. El más reciente es uno hecho en París, y que conservo.

Sentado con un amigo á la mesa espléndida, se dispone á comer, cuando le sorprende el objetivo; está completamente rasurado; pensativo; rendido al

peso de sus cuarenta y ocho años; su rostro tiene huellas de dolor y de duda; su mirada, lejanías de cantor errante. Al fondo, tras él, una puerta entreabierta... Por ella, acaso, penetra, en silencio, un frío sutil, imperceptible para los demás, que roza su médula ya quebrantada: Heraldo invisible de *Ella*, la que no llegaba aún, cuando Rubén escribió la poesía "Heraldos". La que ya llegó cuando yo escribo estas líneas...

¿El retrato ideal? Nunca me imagino á Rubén Darío tan fuerte y hermoso, como recordando aquel verso suyo al montar en Pegaso, el caballo rudo y temblososo:

El cielo estaba azul, y yo estaba desnudo.

O cuando desentraña el avatar remoto, y dice:

Yo soñé que era un hondero
mallorquín...

Quiero dejar aquí tu nombre de poeta bucólico, José María Romero, en testimonio de amistad y como una flor de gratitud. Tú me enseñaste á amar al Poeta, cuando mi alma titubeaba indecisa frente á los innumerables senderos. Fué en Sevilla, en Abril y en nuestros diez y ocho años: ¡tres veces primavera! Mañanas del Bachillerato. El profesor de Historia Natural, hosco y faunesco, intentaba en vano hacernos amable la mezquina costumbre de clasificar, de clasificarlo todo, desde el *androphitecus erectus* hasta el miriápodo, desde el astro informe hasta la piedra de aluvión. Pero, la Primavera, sabia en todas sus manifestaciones, reía del catedrático y de su texto, ya entrando á raudales de enervantes brisas por las ventanas del aula, ya cantando en los oídos de nuestros condiscípulos la voz de la primera novia. Tú y yo charlábamos de arte, charlába-

mos de arte, pero con aquella ingenua unción prístina que luego la reflexión crítica nos ha hecho ir perdiendo. Amaba yo entonces los clásicos castellanos sobre todas las letras humanas... acaso porque los campos de Montiel de mi primera salida estaban limitados por los setenta volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira. Tú, en cambio, ya te empinabas, apoyado en tu hermano Miguel, inquieto y ávido, por sobre las tapias de nuestro frayluisleonino huerto, y aspirabas los perfumes extraños de las modernas literaturas.

Con tremores de sincera emoción en la voz, aquella mañana germinal me recitaste el doliente y evocador y penetrante *Soneto á Margarita.* El temor á las chanzas de los que no saben llorar con el arte, me hacía contener latentes unas lágrimas de agradecimiento al poeta que supo darme á gozar, plasmados en unos versos, la gracia no aprendida de una copa de champán espumeante que se de-

rrama en unos labios, el dolor inefable de evocar algo que como el glorioso vino galo, se desbordó de nuestro vaso espiritual para no volver.

Fué en vano el evitarlo. Dos lágrimas rodaron silenciosamente de mis ojos, y el milagro inicial de mi admiración por Rubén Darío, fué.

Luego—más sed de lo infinito, pero menos ingenuidad—, en el claro y alegre patio marmóreo de la Universidad hispalense, las piedras preciosas de la *Sonatina* fueron pasando de tu cerebro al mío, como un fastuoso y deslumbrante collar que pasa de un cofrecillo á otro —un collar de perlas de Ormuz, engarzadas por el sutil hilo de nuestra fraternidad espiritual.

José María Romero, en recuerdo de aquellos días en que fuiste pajecillo de un Rey Mago del Verso á quien me enseñaste á amar, he escrito estas líneas. Y porque lleven un perenne aroma de evocación, quiero coronarlas con el so-

neto que tú y yo guardamos en la memoria desde los bellos y azules años. No importa su universalidad:

MARGARITA

In memoriam...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está,
cuando cenamos juntos, en la primera cita,
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita,
sorbían el champaña del fino baccarat;
tus dedos deshojaban la blanca margarita:
«Sí... no... sí... no...» ¡Y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh, flor de histeria!, llorabas y reías;
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
la Muerte, la celosa, por ver si me querías,
¡como á una margarita de amor te deshojó!

Las mujeres de Rubén.

Plural ha sido la celeste historia de mi corazón—ha ritmado el Hombre—, refi-

riéndose á las mujeres que aromaron su senda.

Como todo gran poeta, ha sentido vibrar á cada momento "el arpa sensitiva de su ser" ante ese pan divino—la celeste carne—que aroma el *odor di femina.* Pero entre todas esas musas, efímeras rosas del camino, que no fueron sino pretextos de sus rimas, algunas hubo que cuidaron con solicitud hogareña la tienda que el peregrino alzó varias veces en su exodo triste y funambulesco. Fué Rafaela, la angélica esposa de la primavera de su vida. Ante ésta quemó la mirra de sus primeros y más sinceros entusiasmos. Pero ella fué desgraciada y murió joven. Por si no fuese bastante dolor ser, no la amada ideal, sino *la mujer propia* de un poeta, un día se sintió madre, es decir, cómplice de muchos dolores futuros y murió de parto. Acaso —y bien merecido lo tuvo, aquella dulce niña, desde este mundo de duelo y aflicción, ascendió al Paraíso entre un són

de campanas y un perfume de nardos.

Otras fueron para él, como él mismo dijo, fantasmas de su corazón. Seguramente, á una de éstas alude en su Autobiografía cuando escribe: "A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte". ¿Qué misterioso dolor palpita tras estas palabras? No sé... Pero en éste, como en algunos otros momentos de su obra literaria, desbrozando cuanto necesariamente hay de insincero y cerebral, se oye claro y distinto el caer de las gotas de su melancolía... En otro lugar alude, con una noble sobriedad de corazón dolorido, al caso más novelesco y fatal de su vida. Es una página—dice—de engaño y de violencia que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años.

Reciente el tránsito de Rafaela en San Salvador, Rubén Darío trasladóse desde León—su ciudad natal—á Managua. Y

allí tornó á unir su abulia, acaso innata, á la voluntad pasional y vibrante de otra mujer: Rosario, amor á flor de piel, de sus años más mozos, á la que se entregó displicente, de un modo transitorio, como á un oasis, en tanto no le llegaba la hora de partir para Panamá. Pero, una noche...

Fluctuaba Rubén Darío, tendido en su lecho, entre el sueño y la realidad, bajo la influencia báquica de los amables venenos cotidianos. Versos sabáticos, recitados perezosamente; incoherencias, frases vagas. Todo un paraíso artificial. De súbito, irrumpió en la estancia, en hábito blanco, flotante sobre las espaldas la cabellera oscura hecha de noche y de dolor, entre extrañas luces, Rosario, la trágica Rosario, que entre pasos de danzas exóticas y teatrales *posses* se le acercaba radiante y sibilina. Fué una fascinación. El poeta, ebrio y sentimental, cayó en sus brazos. En aquella hora de inconsciencia lírica, no le hubiera im-

portado bajar con ella á la profunda sima dantesca, cuanto más aceptar la imposición de una ceremonia nupcial tan arbitraria como inesperada. ¡Pobre Rubén! como tantas otras veces había exclamado él de Verlaine, *¡pauvre Lelian!* Aquellos ministros del Señor y de Astrea, le hicieron creer que su hora última había sonado, y en su delirio de alcohol, el moribundo contrajo matrimonio. A la mañana siguiente costó poco trabajo convencer al poeta de que cuanto vagamente recordaba había sido una pesadilla de la noche anterior, agitada y delirante.

Un mes más tarde, á la hora de los adioses. Rubén, estupefacto, supo entonces que estaba unido "con los indisolubles lazos"—no existía aún el divorcio en Nicaragua—á aquella mujer peligrosa y envolvente, como una mariposa en la red de una araña. La superchería rebeló todo su ser. Y su primer ímpetu fué el de protestar oficialmente é invalidar el casamiento engañoso. Luego vino

la reflexión, la certeza de que cuando refiriese la coacción ejercida sobre él, parecería á todos tan inverosímil, tan fantástica la aventura—de la que, por otra parte, no tenía prueba alguna—que seguramente no harían sino reirse de su indignación. "¡Este poeta!"... exclamarían los más crédulos coterráneos atribuyendo á un producto de su fantasía la nueva leyenda de su boda trágica, y nadie le haría caso. Era, pues, mejor callar y alejarse...

La tercera mujer—el remanso del crepúsculo—la conoció el poeta en Europa. Si no el verdadero, el intenso, el impetuoso y avasallante amor, éste—que ha durado cerca de cuatro lustros y que sólo la muerte ha cercenado—ha sido el afecto más sano, el más estable, el más sincero y profundo de cuantos las mujeres (¡en tantos climas, en tantas tierras!) le ofrecieron. En la penumbra de la vida familiar, sin gozar sino el resol de la gloria, pero sí sobrellevando el

dolor de los cuidados pequeños, le ha ayudado á soportar todo el peso de lo que él—según su verso amargo—apenas soportaba. En París, en Madrid, en Asturias, en Barcelona, la madre de Phocás el Campesino—que ya duerme bajo los ángeles—y de *petit* Rubén, *Güicho*, ha sido durante largos años el báculo florido y resistente para "las horas de pesadumbre y de tristeza", pasadas en soledad, sufriendo "el pesar de no ser lo que hubiera querido", "la pérdida del reino que estaba para él".

A esta mujer—que es de Avila y que por su severo y sencillo porte de castellana recuerda, en el presente, uno de esos austeros y admirables lienzos de Antonio Moro; que no hará mucho tendría el noble empaque de una infanta pintada por Pantoja de la Cruz y que en sus más fragantes primaveras evocaría una dama espiritual y concentrada, á través del pincel de Coello—á esta mujer que fué crisol donde el poeta-hom-

bre pudo "renovar el fulgor de su psique abolida", Rubén Darío hizo en París el 21 de Febrero de 1914, estos versos, que si no son muy perfectos y depurados de forma, transcienden un grato aroma de viejo arcón familiar, como una antañona epistola de descoloridos trazos, en amarillento papel, que uno de nuestros abuelos hubiese escrito en ese segundo romanticismo de la vejez, á la más bella de nuestras empiriñacadas y pomposas abuelas. Vedlos:

A FRANCISCA

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...

En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender:
Enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame!...

R. D.

¡Qué diferencia, no ya en la expresión, sino en el fondo mismo, entre estos versos inéditos hasta hoy, llenos de una resignada conformidad con el fracaso de la vida—llegar á los cuarenta y ocho años siempre es un fracaso—y aquellos otros tremelucientes, alados, musicalinos, tallados, miniados, esculpidos en la poesía *Divagación*, síntesis de la gran sed amorosa del poeta, peregrino ilusionado de todas las quimeras! El hombre-cumbre esperaba á la mujer "fatal, cosmopolita, universal, inmensa, única, sola y todas; misteriosa y erudita, mar y nube, espuma y ola." Pero... "en vano buscó á la princesa que estaba triste de esperar". Sólo *Ella*, "la que no olvida", se ha desposado con él definitivamente, allá en León de Nicaragua, en la misma casa y quizás en la misma estancia nupcial don-

de el 18 de Enero de 1867, por un azar de los átomos—"¡el pensar que un instante pudo no haber nacido!"—por un azar feliz para la armonía universal, le desposaron con la vida.

Corona óptima.

Cuando Rubén representó á su país natal con plenitud de poderes en la corte española, no era ni con mucho, muy holgada su situación económica. Como él mismo confiesa en sus Memorias con cierta amargura, el uniforme con que presentó sus credenciales á D. Alfonso, le fué prestado por el representante en Madrid de la república de Colombia. Así fué tirando. Pero tan imposible se le hacía la vida en nuestra capital, complicada con lo de la diplomacia—llegó momento en que para representar decorosamente á Nicaragua tuvo que recurrir á su sueldo como colaborador de *La Nación*—, que decidió renunciar *á todo* y

facturar su equipaje hacia la bien amada *Ville Lumière*, "para no tener que hacer las de cierto ministro turco, á quien los acreedores sitiaban en su casa de la villa y corte". Y se olvidó, en el tráfago de su vida de rey errante, de pagar la factura del galonado bicornio al sombrerero de Madrid. Este, con cierta mala intención de poeta envidioso que aprovecha toda ocasión para ridiculizar al "querido — pero ilustre — compañero", ni corto ni perezoso, envió la factura al gobierno de Nicaragua. De Managua á León, de Norte á Sur y de Este á Oeste, la noticia de que "Rubén debía el sombrero de ministro" corrió con la acostumbrada rapidez con que estas nuevas se propagan. El Gobierno que confirió al poeta su más alta representación en España, se dispuso, algo mohino, á pagar la deuda de Rubén; pero la ciudad nativa del bardo diplomático, impuso el deseo concreto de sus voluntades unánimes: costear por subscripción popular el

galonado bicornio. Se fijó una pequeña cuota única—á fin de que todos aportasen su óbolo á la realización de la idea cordialísima—, y fué así cómo, á través de los mares y de los continentes, llegó al poeta la más grata brisa natal portadora de la buena nueva. Su patria—sus compatriotas, no su patria oficial—le tejía la más amable de las coronas líricas, sin laureles de talco y sin pergaminos conmemorativos de una aparatosa apoteosis.

Rubén pagó el homenaje con unas lágrimas sinceras, de gratitud y de amor, la mañana en que, al abrir la correspondencia de Ultramar, leyó la prensa de su país, tan injusto para con él en tantas otras ocasiones.

Días de París.

De aquéllos, como de casi todos los de su vida, han hablado á estas horas, cuando no él mismo en sus Memorias, los amigos que más ó menos directamente

compartieron con el poeta las horas de su errante é inquiento existir. Sin embargo...

Faubourg Montmartre..., Gómez Carrillo había alquilado un pequeño piso de tres habitaciones: dos alcobas separadas por un gabinete; no más.

El Caballero de la amable sonrisa, en aquellas horas jóvenes que el cronista dedicaba á desentrañar, viviendo, "el alma encantadora de París", encontró en su divagar por la clara Lutecia, una rosada rosa de carne que se ofrecía á su sensibilidad complicada y setibunda; para gozar en un apartado exilio su perfume penetrante, el mosquetero viajador buscó en el amado y novelado Barrio, el nido. Estaban tintineantes unos recientes centenares de francos, y el piso quedó alquilado por tres meses. Creía acaso en los momentos aquéllos, nuestro querido Enrique, que la amable rosa hallada en el camino tendría una vida menos efímera que aquella otra, también "pura, encen-

dida" cantada y llorada por nuestro poeta Rioja en su silva perenne... ¡Vana ilusión! Una semana de hogar bastó para mustiarla. Y la golondrina voló del nido. Gómez Carrillo acordóse inmediatamente de Rubén—que estaba muy á mal con su escarcela—y de Amado Nervo, á quien tampoco sonreía, por aquel entonces, la implacable y cotidiana diosa Economía. Y fué á buscarles, á ofrecerles el pequeño departamento que el amor había aromado durante una semana de pasión. Allí convivieron, frente á lo inesperado y en constante lucha con la esquividad de la gloria, los tres admirables y admirados amigos. Pero pronto hubo una dedefepción, la del cronista, que en pos de otra sirena, abandonó el paraíso de los solteros.

Sólo quedaron los poetas. Amado, con su sibaritismo aristocrático; Rubén, con el peso de su mundo interior, como un Atlante. Todas las tardes salía triste, preocupado, asegurando á Nervo que

habia de morir en la calle; todas las madrugadas volvía alegre, borboteante de rimas y de risas, afirmando que había logrado encontrar al sol y que le traía aprisionado en su frente para que no se le escapase. El lírico buscador de perlas negras, sonreía á la infantilidad de aquel grande hombre que París iba saturando poco á poco de champán y de wisky. A veces, en el fervor, en apariencia inconsciente de la embriaguez, Rubén Darío dábase á escribir, y en grandes hojas de papel, con roja tinta y audaces caligrafías, dejaba para la posteridad poemas admirables. De una de aquellas noches es el soneto, á un tiempo cristalino y lapidario, que dedicó á Amado Nervo.

Una mañana, efectivamente, ante el alba de oro, entró Rubén Darío, ebrio—aquel día, de vino y felicidad — asegurando jocundo: — ¡Amado, vea usted cómo hoy no fantaseo; traigo el sol, vivo, palpitante! Y mostraba en sus manos la cascada de oro de una cabellera femeni-

na, mientras la rubia poseedora, sonreía abrazada al robusto cuello del Hiperionida. De aquel "trouvaille" feliz, bien pudo haber escrito Nervo:

Tan rubia es la niña, que
cuando hay sol, no se la ve...

Desde aquel día Rubén se sintió más alegre y pletórico de vida que de costumbre. Con esa pueril credulidad, propia de las almas huguescas, se entregó al amor—pasajero como brisa de boulevard —de aquella divina y áurea muñeca parisiense. No se hicieron esperar, no obstante, los aletazos del hastío. Con frecuencia tenía que terciar entre la marioneta y el bardo, el ecuánime Nervo. Por fin, una mañana, cuando la situación era ya insostenible, Rubén llamó á Amado solicitando su intervención.

—Vea usted, querido, de encontrar el modo de que yo continúe siendo feliz. Ella se va y yo me enfermo. A cualquier

precio, convénzala. Estoy seguro de mi muerte si se separa de mí.

Inútilmente medió Nervo. La mujer estaba decidida á abandonar al poeta; le había disipado cuanto tenia y sobre todo, deseaba libertad... y tolerancia, lejos de aquel celoso Rey de Etiopía. Se decidió avisar un coche y llevarla á su casa, como demandaba. Era una griseta—mitad mercenaria, mitad romántica, entre hetaira y modista—que vivía en una buhardilla, á un extremo de París. Durante el trayecto, Darío, que iba separado de ella por el compañero en Apolo, no habló una palabra. Se limitaba á disimular alguna lágrima que no podía contener de vez en cuando. Llegaron. Despidieron el coche. Y en el portal, ella, la fugitiva, frívola y alegre, riendo como el día del encuentro, tendió sus manos cariciosas y crueles á los dos amigos, indiferente, decidida... Con el estribillo pícaro de una canción popular, comenzó á subir los peldaños de una escalera an-

tigua, sórdida, interminable. Al pie de la misma, Rubén Darío, el poeta universal, como cualquier deslumbrado "buen hombre" de provincias que visita París por la primera vez, seguía en éxtasis, silencioso y resignado, la ascensión, entre salto y vuelo, por aquella angosta escalera, de la que nunca había de volver. El rumor de las sedas se iba apagando. De la canción sólo se percibía el ritmo, perdidas las palabras. Finalmente, se extinguió la huella fragante y cristalina... El abandonado tenía las pupilas arrasadas en llanto...

Un día Gómez Carrillo, para amueblar su nueva mansión, hubo de desamueblar la de Rubén. Y éste salió con Henri de Grunx, un fantástico pintor belga que sustituyó al poeta mexicano en la compañía de Darío. Fuéronse á un hotel de ventas, dispuestos á adquirir los muebles necesarios para repoblar el desierto piso. Pero... ¡oh, inesperado y

grato azar! Cuando Rubén y Henri se disponían con cuidadosa solicitud á escoger el mobiliario, las pupilas ingenuas y ávidas del aeda posáronse estupefactas en un estupendo hallazgo: aguardiente legítimo, auténtico, de su país natal. Un extraño y maravilloso anís nicaragüense. Conferenciaron un instante ante el insólito encuentro; vieron el dinero de que disponían y determinaron invertirlo íntegro en adquirir la certeza de si, en efecto, el licor amable y delirante no era apócrifo. Aquella noche, noventa litros de aguardiente dormían en la desamueblada casa... Quince días después, unos agentes de policía buscaban á Gómez Carrillo—á cuyo nombre estaba hecho el contrato de la habitación—para invitarle á declarar qué clase de sujetos eran los señores que habitaban el piso que él había alquilado. Ved si el prefecto tenía motivos para intervenir: Según sus noticias, durante dos semanas los caballeros en cuestión

no habían salido á la calle. Sólo el pintor bajaba alguna vez á la portería para encargar que le subiesen unas raciones de patatas fritas á la inglesa. Era cuanto les relacionaba con el mundo exterior. *Après de midi-nuit,* á veces *a l'aube,* los extravagantes vecinos se asomaban dando voces á un balcón, y recitaban versos á los trasnochadores transeuntes, á las buenas gentes madrugadoras, á la luna, á las estrellas... Por último, desde hacía cuarenta y ocho horas, ni patatas fritas, ni gritos, ni versos... Con los sabuesos policíacos fué Gómez Carrillo á la casa misteriosa, más que por indagar el raro vivir de sus amigos, por convencer á aquéllos de la inocencia virgiliana de la vida de los mismos. Tras de llamar repetidas veces á la puerta, entraron... merced á un milagroso esfuerzo de equilibrio de Grunx, que volvió á caer. Habían dado buena cuenta del exquisito anís del país natal, y rendidos por sus fervorosos ensayos sobre la autenticidad

del remoto licor, habían caído para no levantarse de allí á una semana. Después se supo por el pintor, que lo proclamaba, el triunfo de Rubén como diplomático al convencer á Henri de Grunx, de un modo que no admitía rectificación posible, de las excelencias de Nicaragua sobre las demás repúblicas de América.

Intermedio.

Desocupado lector: Si hasta aquí has llegado en tu lectura y piensas continuar hasta el fin, seducido, más que por los encantos de estas desaliñadas prosas mías, por el interés que en ti despierta cuanto con la obra y la vida de Rubén Darío se relaciona, agradece este alto en el camino laberíntico de las presentes líneas, á un joven y fuerte homérida que, como Quirón, tiene presas entre sus cabellos seculares abejas griegas... ¿Rafael Lasso de la Vega? Justo. A este armonioso y sereno vate he aludido. El,

que amó á Rubén—y cuya labor comprendió como pocos—, es quien nos hace la inapreciable merced de estos versos magníficos, escritos por Darío en el otoño de 1910, y que, como un tesoro oculto, Lasso de la Vega, hasta hoy ha conservado inéditos.

Tienen, como los mejores del poeta, el mérito de sugerir. Esa áurea tortuga misteriosa, cuya huella no perciben nuestros sentidos, pero que, una vez que ha pasado, existe indeleble, es el más extraño y feliz símbolo del tiempo. Antes de cruzar sobre la alfombra el tardo quelonio, el rastro de su lento paso no era. ¿Y después? Es indudable que por donde ha marchado algo queda que ya no podrá dejar de ser jamás: el estigma incógnito de su trayectoria. Así el tiempo. Y ese momento imperceptible que media entre el arco que avanza y el violín que espera; ese misterioso nexo, no nacido aún, pero que va á existir, inminente ya, ¿qué es sino el futuro ne-

cesario? Y he aquí el título del poema entre las dos estrofas, entre lo que ya fué y lo que será. La ideal arista que separa en el espacio lo estático de lo dinámico, el límite ideal entre lo ido y lo venidero, la Armonía. Pude eludir toda exégesis. Pero... es lo mismo; no leerla. Los versos son suficientes de por sí. Helos:

LA ARMONIA

La tortuga de oro marcha sobre la alfombra.

Va trazando en la sombra
un incógnito estigma:
los signos del enigma
de lo que no se nombra.

¡Aun cuando á veces pienso,
el misterio no abarco
de lo que está suspenso
entre el violín y el arco!

R. D.

Otoño familiar.

"El casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos"—dijo de este poeta el protei-

co José Enrique Rodó—. Y es verdad. Rubén Darío amaba la paz, aunque su vida entera no haya sido sino una casi ininterrumpida lucha. Y quizá por eso mismo. Lucha contra la vida en su hosco y apremiante aspecto utilitario; contra la burguesía artística; contra la pereza y la limitación de los que gustaban de las viejas formas literarias; contra las mofas de los incrédulos míopes; lucha contra la duda—"que se nos clava en el alma, como una daga fría en el corazón"—; contra el futuro terror; contra "el espanto seguro de estar mañana muerto"; contra su propia fe católica, en momentos en que el Arte le reclamaba á sus heterodoxas paganías... Lucha, en fin, encarnizada y constante contra su fortaleza corporal al querer combatir en sí mismo el viscoso y enorme murciélago del Hastío, con brebajes destructores y besos absorbentes.

Así, cuando tras una larga y confortante temporada de sosiego espiritual y físico en el regazo secular de la herma-

na mayor de las islas Baleares, regresó á París, la *ciudad-querida*, como impulsado por un extraño augur, el chorotega nómada levantó su tienda y, pocos meses antes de estallar la latente guerra, huyó de París para instalarse definitivamente en la condal ciudad española. De Abril á Octubre de 1914, el poeta se consagró por completo á las dulzuras de la vida familiar, bajo el cielo claro y amable de Barcelona.

Allí habitaba una "torre" entre los cuidados maternos, fraternales y amistosos á un tiempo de su mujer, viendo florecer la pubertad de su cuñada María—que cantó en fragantes y fraternas estrofas—y escuchando, patriarcal, las vibraciones primeras del corazón y el cerebro de su hijo *Güicho*.

El jardín y el huerto. La mano creadora que acarició las sedas y las pomas del pecado, macerada de aromas y prisionera de encajes, le inclinaba ya, en un gesto triptolénico, á la tierra donde re-

posa. Y sus ojos, que vieron tantos países y que soñaron tantos más, se posaban ahora sobre sus gallinas y sus hortalizas, sobre sus palomas, cuya encendida frecuencia amorosa, observaba paternal... En la vida exterior pasaba horas de luminosa plática entre Santiago Rusiñol y *Peyus*—Pompeyo Gener—; entre Miguel de los Santos Oliver, *Xenius*, Rubio y Lluch... Al ocaso, en la hora que tanto le entristecía, "bajo el ala de serenidad de la brisa nocturna", evocaba sus días de Mallorca. Y, sobre todos, aquel en que en hábito cartujo se sintió monje de veras.

"Y vi el púlpito de San Pedro, en Roma, donde yo diría un rosario de plegarias que serían mi mejor obra y que abrirían las divinas puertas confiadas á San Pedro." Estas palabras suyas son de las últimas que escribió en España y van seguidas de amargas lamentaciones por su vida equivocada, que, acaso, debió haber terminado en un convento.

Escribía por la noche, rodeado de los suyos. Empezaba á sentir miedo á la soledad, tan amada de los poetas en la hora laboriosa, cuando aún no se sienten atraídos por la invisible garra telúrica que nos lleva. A veces, interrumpía, fatigado, el trabajo, y, puerilmente, con telas caprichosas, con cintas coruscantes, con raros adornos, engalanaba á las dos mujeres, que asistían tácitas y amables al parto de su potente cerebro. Otras, ya de madrugada, mostraba su deseo imperioso de preparar una estrafalaria y suculenta cena, dirigida por él mismo y según una admirable fórmula culinaria que acababa de crear, en un descanso entre párrafo y párrafo de la novela *Oro de Mallorca*, ó entre dos versos de laborioso alumbramiento. Sí; porque Rubén —hombre paradójico—, así como después de una existencia orgiástica, afirmaba que su verdadera vocación era la de fraile, después de adquirir con sus libros una sede por derecho propio entre

los inmortales del Parnaso, se empeñaba en asegurar que, si reunía sus recetas heliogábalas en un volumen, su obra quedaría en la historia del gurmandismo como la Biblia del Arte culinario. Rubén Darío ha muerto viejo, caduco. No da la parvedad ó la longevidad de una vida el cómputo del tiempo, sino la intensidad con que se ha vivido. Así son perfectamente explicables sus últimos voluntariosos empeños infantiles, sus inconciencias, su dejarse llevar por los demás, sus puerilidades extravagantes, sus miedos invencibles. Sobre todo, sus miedos á la muerte, que en ocasiones, en Barcelona, le hacían desistir, ya en la puerta de su casa, de trasponer el umbral, por la certeza que adquiría instintivamente de que, al dar un paso más, caería muerto.

Volvía atrás; comunicaba la triste evidencia á sus familiares, y ya, sólo acompañado de su mujer y apoyado en su brazo, consentía en salir menos temeroso...

Lo inevitable.

Parece que, adivinando Rubén Darío su encuentro en Barcelona con *Alejandro Bermúdez*, un compatriota suyo, expulsado de Nicagua con harta justicia, había escrito en su *Epístola* á *Madame Lugones:*

A mi rincón me llegan á buscar las intrigas,
las pequeñas miserias, las traiciones amigas
y las ingratitudes. Mi maldita visión
sentimental del mundo me aprieta el corazón,
y así, cualquier tunante, me explotará á su gusto.
Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
Por eso los astutos, los listos, dicen que
no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!...

Y así ha sido. Llegó este hombre hasta él y, como se lo propuso, consiguió explotar el flaco del poeta: su abulia, mejor dicho, su *nefelibatismo*. En el alma de Rubén, llena de amor y de serenidad, Alejandro Bermúdez, una vez prendida en Europa la llama de la guerra, encontró campo fertilísimo para sembrar con éxito la idea de recorrer toda la Améri-

ca clamando por la paz. El cisne de cándida albura inmaculada vió, en síntesis, que una serie de conferencias pacifistas bien organizadas podrían constituir una noble y elevada labor de redencion y, sobre todo, un bello gesto de artista. Pero... esto no era sino el pretexto que el despierto Bermúdez daba á su intención utilitaria de lucrarse á la sombra venerable del poeta. Por otra parte, el miedo que éste sentía—influenciado como estaba por la oratoria persuasiva del otro—á que se propagase á España el fuego del solar vecino y, sobre todo, la inferioridad de energías morales en que Darío se encontraba respecto de su compatriota, le arrastraban también á partir. En el fondo, todo esto no era, acaso, sino la atracción fatal de la madre tierra que, anunciada por Bermúdez—su inconsciente y fúnebre heraldo—le atraía, inexorable, hacia el lugar en donde el destino había determinado que los desposorios definitivos se verificasen.

Y no bastaron á alejar á aquel hombre de su camino ni los consejos de su mujer, ni la convicción que varias pequeñas estafas y algunas coacciones sobre él ejercidas, le dieron de la influencia maléfica que en su existencia habría de ejercer Alejandro Bermúdez.

Una tarde, la del 24 de Octubre, este hombre se llevó de paseo al autor de *Prosas profanas*, y cobardemente le emborrachó, para poder zarandearlo con mayor facilidad. Por la noche, contra toda costumbre en los trasatlánticos, y, contra la voluntad de su esposa que, por fin, le había hallado en lamentable estado de embriaguez, Rubén Darío, llevado por Bermúdez, ingresaba en su camarote del *Antonio López*, llorando desconsolado, como un niño que no comprende bien, pero que instintivamente siente las alas de la tragedia sobre su inocente cabecita.

"Qué vamos á hacer? Hágase la voluntad de Dios... Pero no lloréis"—decía

Rubén á su hijo y á las pobres mujeres, que por un especialísimo favor habían logrado pasar la noche junto al gran poeta que emigraba al otro mundo...

Y mientras el nieto de España sorbía sus propias lágrimas y enjugaba las de los suyos, pedía champán con que sobreponerse al angustioso dolor "de los tristes adioses para siempre jamás". Presentían todos que, á medida que las horas volaban, algo grande, pavoroso, se interponía entre su pasado y su porvenir; adivinaban que era la separación definitiva, para no volver, la que sobrevendría á la mañana siguiente; sentían en el aire la segur de la Pálida... y, sin embargo, cuando alguno iniciaba de nuevo la protesta contra aquella partida, era Rubén Darío quien, dominado por ocultas y necesarias atracciones, se oponía á toda violencia, á todo deseo, á toda palabra libertadora...

Y amaneció el día 25 de Octubre de 1914. Y con el alba vino, de nuevo, el

tráfago trepidante de los muelles barceloneses. Y en el triunfo del día, entre el rumor de las cadenas de anclas y grúas, de carros y coches, de silbatos y sirenas, de órdenes y gritos, la tragedia íntima de Rubén Darío—á quien arrancaban de España, su verdadera patria — quedó obscurecida, anulada por completo. Sólo cuando el gran trasatlántico levó anclas é interrumpió todo contacto con los que en el muelle quedaban, pudo haber adivinado algo, quien hubiese observado á un hombre pálido y bovino, de complexión robusta, que, tímido y tembloroso, á pesar de su edad y de su porte, con lá grimas en los ojos, escribía rápidamente palabras de afecto en pedacitos de papel que arrojaba desde la borda del buque á un niño que se le parecía lo suficiente para creerlo hijo suyo, y que de la mano de una afligida señora alta, delgada, vestida de negro, enviaba besos, húmedos de llanto, desde el muelle...

Nueva York... Rubén Darío—abandonado ya por Alejandro Bermúdez que se ha llevado todo el dinero recaudado en las primeras conferencias pacifistas—, sufre en un hospital, anónimamente, miserablemente... como corresponde á su grandeza, una pulmonía que si entonces no le destruye, deja bastante quebrantada su ya resentida salud. Su constitución vigorosa y los esfuerzos de la ciencia le salvan. De nuevo á la lucha. La isla de Cuba, Guatemala, recorridas en triunfo. Por fin, Nicaragua, donde cae de nuevo. Esta vez, herido de muerte. *Ite missa est...*

Nardos y claveles...

Apolonida: Los dioses saben que, cuando la triste nueva de tu tránsito me hirió como un dardo envenenado, pensé rimarte un amplio y orquestal responso pagano —en prosa, pues en verso no hubiera sabido sino suscribir tu "Responso á Verlaine"—, como tu aristocracia mere-

ce. Luego, he visto cómo, con mejor plectro que el mío, entre todos los artistas de habla castellana se ha tejido la inmarcesible corona lírica digna de tu frente. Y he sabido más tarde que, con las necesarias limitaciones de la realidad, en el rincón donde te tocó nacer y morir, se te han rendido los funerales que yo soñaba para tu grandeza. Bien está. Y, sobre todo, bien está cada uno en su puesto.

Aunque á veces me esfuerce en aparecer de otro modo, yo no soy sino un poeta de pequeños temas, que ama el azahar, que ama el clavel, que ama el nardo—únicas flores de su sencillo y alegre patio de Sevilla—y cuya Musa, de grácil cuerpo cimbreño, humilde y pequeña, como una Concepción de Murillo, no sabe otro *de profundis* que el de los bordones de mi guitarra, ni gusta otros adornos que el de las rosas y los claveles cuidados por su mano y la mantilla negra los días de la Semana Santa.

Nieta de aquella otra nena de olor de azahar, que D. Luis de Góngora hizo eterna en su letrilla, ahora que te has ido para no volver, no sabe sino irse á las playas ibéricas y, mirando al mar armonioso, al mar maravilloso que tú, armoniosamente, maravillosamente has cantado—mientras deshoja sobre la blanda arena que las olas laminan quejumbrosas, nardos y claveles de esta nueva primavera—, decir, entre canción y llanto:

Dexarme llorar,
orillas del mar...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA.

Abril de 1916.

EPITAFIO

Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
y llena está de ti la soledad que espera
tu retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera
va á revestir los prados, á desatar la fuente.

En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.
Y eres en nuestras mentes y en nuestros corazones
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.

Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
te aguardan... Dondequiera tu cítara divina
vibró, su son pervive sereno, dulce, fuerte...

Solamente en Managua hay un rincón sombrío,
donde escribió la mano que ha matado á la Muerte:
"Pasa, viajero, aquí, no está Rubén Darío."

MANUEL MACHADO.

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

González Olmedilla, Juan
La ofrenda de Espana á
Rubén Darío